

ANTONIO SERRANO MONTALVO

NOTAS SOBRE EL ESPIRITU
Y EL ESTILO DE UNA CIUDAD:
ZARAGOZA



CUADERNOS DE ZARAGOZA

1

R.1473

G-3582

ANTONIO SERRANO MONTALVO

NOTAS SOBRE EL ESPIRITU
Y EL ESTILO DE UNA CIUDAD:
ZARAGOZA



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

1976

Conferencia pronunciada el día 25 de mayo de 1976, en el Círculo Medina de Zaragoza, organizada por el Excmo. Ayuntamiento de la Ciudad.

Depósito legal: Z-152-77

IMPRESO EN ESPAÑA

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1977

PROLOGO

Cuadernos de Zaragoza, publicación de la M. I. Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, nace respondiendo a una necesidad ciudadana hace mucho tiempo sentida, como es el dar un sentido de permanencia (propiedad de lo impreso) a las actividades culturales del Municipio.

Coincidiendo con la conmemoración del Bimilenario de Caesaraugusta, los Cuadernos de Zaragoza pretenden plasmar en su contenido la vida diaria ciudadana, con su problemática y su contemplación, de cara al pasado y frente a un futuro prometedor, esperando y a la vez incógnito.

La labor cultural e informativa cubrirá los distintos aspectos de interés, no sólo para Zaragoza, sino también para su provincia y Aragón: Historia, Literatura, Arte, Música, Pintura y Escultura, Exposiciones y conferencias, Bibliografía, Arquitectura, Periodismo, Religión, Urbanismo, problemas del medio ambiente, sociales y económicos, Sanidad, Deportes, Turismo, Geografía, Geología, Industria, etc., parcelas que tendrán un lugar especial en los Cuadernos de Zaragoza.

La nueva publicación está abierta a todos los ciudadanos, que en ella podrán plasmar sus ideas sobre temas de interés zaragozano. En especial, ofrecemos sus

páginas a la Universidad, a los medios de comunicación y a las entidades de todo tipo que vivan los problemas de una Zaragoza viva e inquieta, realista y progresiva.

Deseamos que Cuadernos de Zaragoza sea una publicación con interés y continuidad, dentro de las que en el futuro vayan apareciendo con el patronato del Excelentísimo Ayuntamiento y dentro del proyectado (con toda ilusión) Instituto Municipal de Cultura.

SEBASTIÁN CONTÍN PELLICER

Delegado Municipal de Cultura

CADA ciudad posee definición propia en cuanto que nació en un tiempo determinado como la forma más idónea para que el hombre trabajara su existencia colectiva, con intenso dinamismo interno operante como factor de evolución civilizadora, que obliga al habitante de la ciudad a participar en la vida común, a fabricar esa vida en común sin la cual él mismo no tiene justificación.

Esta vida en común en idéntico espacio físico compartido y aglomerado, produce a lo largo del tiempo, por la concurrencia de factores de todo orden que esa vida común soporta, un peculiar comportamiento comunitario, un estilo de presentarse frente a los demás, que si bien tendrá o estará en el estándar de su nivel histórico-temporal de cada preciso momento: modas y modos de expresión, vida y conducta, a pesar de ello, ese comportamiento colectivo urbano quedará todo lo modificado que se quiera por los nuevos aportes pero integrados en una tradición colectiva: junto con las formas diferenciadas de vida, mentalidades específicas generacionales y hasta nuevas ópticas para ver y entender mundo, los hombres y las cosas que la ciudad ha ido creando. Pues la vida comunitaria en la ciudad supone un comportamiento colectivo que muta y cambia, reflejando en todo caso, en esa forma de vida que impone la mentalidad nueva, la propia mirada. La ciudad no es una mera realidad constructiva, de asfalto, farolas o chimeneas, ni sólo una organización política o un conjunto de clases sociales yuxtapuestas o antitéticas. La ciudad es un ente vivo. La ciudad vive y es,

pero además vive y es en una tradición determinada, herencia de la existencia de esa misma ciudad en el pasado. Una herencia que además es su futuro.

Se constata a menudo el error de considerar la vida rural como la única capaz de conservar tradiciones comunitarias, sin pensar también que la ciudad es un campo adecuado para los estudios de etno-historia u otras ciencias etnológicas afines. Nuestro interés por la etno-historia nos ha llevado a reflexionar sobre Zaragoza como ente colectivo. Un tronco vivo y actuante, pero visto a través del acervo documental y bibliográfico que hemos tenido la suerte de ir consultando en el encuentro con su historia. Para ir consiguiendo la certeza de acercarnos al ser colectivo urbano de Zaragoza, que con fuerte carácter se ha ido modelando y se va modelando en una tradición urbana a la par que miles de zaragozanos en la historia han ido naciendo, viviendo y muriendo.

Zaragoza, como ente urbano, responde a unas vocaciones condicionadas por el medio físico histórico, en el que desarrolla y desarrolló su existencia, generando por lo tanto un comportamiento colectivo, que aun modificándose por estímulos nuevos, sobre él pesan esa tradición adquirida, ese estilo de ser cuyo rostro aparece en el devenir cotidiano histórico, al que intentamos tímidamente y con gran riesgo de equivocarnos, penetrar y conocer, al menos, algunos aspectos de sus parámetros principales, que hemos de tratar de exponer brevemente con el mejor ánimo y buen talante, aceptando discrepancias, críticas y malentendidos. Sea todo por esta nuestra Ciudad.

VOCACION DE CIUDAD

Zaragoza desde su fundación se beneficia de una cultura, la romana, muy rica, compleja y civilizada. Nace por lo tanto con muy buen pie, incluso el casco urbano inicial es delineado por el fundador, siguiendo sus normas estándar de crear núcleos habitables: dos ejes que convergen en el foro con cuatro puertas terminales para comunicarse con el exterior. Una estructura urbana que ha ido funcionando durante siglos armónicamente, y aún en nuestro tiempo esa vieja estructura urbana es significativa para Zaragoza y demanda angustiosamente su necesidad de supervivir.

Zaragoza surgió como ciudad adrede, sin azar alguno. Y se llamó a sí misma "Ciudad", que era el núcleo primigenio, mientras que a su exterior le daba el nombre de "Población". Y siempre tuvo esa condición única y privilegiada de ser ciudad y tener espíritu de ciudad, porque, según Max Weber, la ciudad es realidad total aunque susceptible de manipulación, de explotación, pero no menos de perfección de vida. En nuestra época esta cuestión última puede ponerse legítimamente en duda. Es discutible ahora si la auténtica perfección de vida se alcanza en la urbe, o en el medio rural, o en el marino. No lo sé. Pero, efectivamente, la libertad y el acomodamiento mejor del hombre han sido patrimonio de las ciudades, y sobre todo de las ciudades

de tono medio como Zaragoza, con un crecimiento demográfico y urbanístico muy paulatino a lo largo de los tiempos. Ultimamente, Zaragoza ha ido creciendo incesantemente en gentes y casas, con rupturas brutales de su ritmo de crecimiento vegetativo, inicialmente puesto en marcha en 1908 y acelerado progresivamente desde 1936, para llegar a ser la casi macrociudad de nuestro tiempo, donde vivir y morir son problemas ya.

Como anteriormente exponemos, Zaragoza en su nacimiento fue una ciudad. Lo ha sido siempre y continúa siéndolo. Participa de todos los ingredientes de la cultura urbana en sus orígenes, entre ellos de un entorno rural y un soporte agrícola inmediato. Menor, por supuesto, en nuestro tiempo, donde ese soporte agrícola ha sido desplazado por una nueva estructura básica, la industrial.

El Arrabal y sus términos circundantes fueron la motivación mayor de ese soporte agrícola tradicional, hoy en trance de mutación a causa de la industrialización y la urbanización del suelo cultivable, aminorando Zaragoza ese secular fundamento económico de su existencia, que le lleva en camino de la renuncia total del mismo y que se traducirá para siempre en una Zaragoza netamente industrial, como cuando en el siglo XV se definió como una ciudad netamente mercantil, pero sin el olvido de este necesario soporte agrícola que lo fue ya hasta nuestros días, no como servicio de consumo a la ciudad, sino como fundamento del ahorro y de la inversión. Soporte agrario situado tanto en la orilla izquierda —el Arrabal— como en la orilla derecha del río, con una mayor intensidad en el cultivo por obra de Pignatelli con la construcción del Canal Imperial, que incrementó su suelo de regadío, hoy virtualmente desaparecido.

LOS ELEMENTOS: EL RÍO Y EL PUENTE

La ciudad, el río y el puente son elementos geohistóricos complementarios. Ese puente, tan ancho y robusto como para soportar el peso del paso de los ejércitos. Llama la atención la fortaleza constructiva de nuestro puente, demasiado grande para la incipiente ciudad de Cesaraugusta, lo que induce su importancia. Ciudad y puente situados en una brújula de caminos que los hace ser elementos primordiales y trascendentes en las comunicaciones de España.

El río como vía de comunicación fluvial; el puente es paso único y obligado del río en muchos kilómetros aguas abajo y arriba del Ebro, posición geohistórica que hace a Zaragoza con un puente que la une y con un río que es su frontera y su defensa, detrás del cual se ampara, no viviendo de espaldas al río sino ante el río, con gran respeto a su naturaleza fluvial.

El origen de Zaragoza se encuentra en el río Ebro. La razón de que Zaragoza germinase en el ancho espacio de la Historia es el Ebro. Sin el río, Zaragoza seguramente no existiría. El Ebro es, pues, su principio físico, y nos atreveríamos a decir que metafísico, un medio apto para ella. El manso Ebro, recrecido o enfoscado, entonces inclemente, de acerado aspecto algunas veces; otras, de rosada carne licuada en barro, y muchas, de un verde burbujeante, resulta ser el infatigable padre y compañero de la ciudad a través de los siglos, desde que fue testigo y causa influyente de su fundación por mandato imperial de Augusto para remediar la necesidad estratégica de tenerlo en sus manos, como puerta y paso del ancho valle del Ebro y lugar de cita de todos los caminos coincidentes en esta estrecha de las rutas naturales del nordeste de España: Levante y Cataluña, la meseta y el Pirineo y el País Vasco, y además manojo de ríos: el Gállego, el Huerva, el Jalón.

Zaragoza nace de la obligación de dominar un puente sobre el lomo del río, que es camino fluvial en sí mismo y también recalco de puerto fluvial, que traerá y llevará a hombres y mercancías, trigo y madera. Hasta mediados del siglo XIX, velas de frágiles y planos barcos bajaban y subían trasegando trigo, al par que llegaban algunas gaviotas despistadas en algunas épocas del año. Durante los Sitios un intento de flotilla de lanchas cañoneras, que mandaría, el después teniente general de la Armada José Primo de Rivera, quiso emular glorias trafilgarinas; y no estaba desca-minado, pues en Zaragoza existía un Juzgado de Marina en aquella época, del que era comandante el capitán don Manuel Ena, que vivía en Coso, 6. Aún con nuestros ojos hemos visto las almadías de madera pirenaica posarse en las cercanías del Pilar.

Al instante de la fundación de la Ciudad, el río y el puente de Piedra formarían unidad de naturaleza distinta pero con función geohistórica inseparable, armónicamente ajustados: como haz y foco de factores integrantes y básicos de la Historia española: la romanización y el cristianismo por ellos pasarán.

La fundación de Zaragoza hace que sea un foco cultural de irradiación de romanismo y después de cristianismo, que nos hará comprender las amplias áreas que al norte y sur del río testimonian una vida rica romanizada que necesitaba una ciudad como soporte económico y viceversa. Zaragoza nacerá desde su origen con un destino marcado: ser ciudad agrícola y urbana de signo romano.

Asimismo el arraigo del cristianismo en Zaragoza y el nacimiento del culto a la Virgen del Pilar y otros testimonios mariológicos que alrededor de Zaragoza florecen, justifican la fortaleza de la fe cristiana que producen los Santos Mártires, cantados por Prudencio, cesaraugustano-romano que será ejemplo en los países cristianizados, y que manifiesta cómo la cultura romana epigonal fructifica en esta vieja tierra ya estrenada,

alimentada por el fervor religioso y el sentimiento de personalidad autóctona, aunque nacida de la reciente romanización. El culto mariano y martirológico de Zaragoza proyecta el cristianismo a través de Zaragoza y por el Ebro en su cruce de caminos. Es misión importante la de transmitir y servir de llave de paso. Función que puede ser también económica, política o cultural. Zaragoza la realiza.

Zaragoza, en el valle del Ebro medio. En su puente y en su río se abre y cierra la compuerta de España. Si Zaragoza resiste, resiste su gran contorno geográfico, y si cae, inexorablemente ese contorno cambiará de manos o sufrirá las consecuencias.

Por eso, Zaragoza cumple en el sistema de relaciones peninsulares, e incluso de vecindades europeas, las variadas posiciones de tránsito y por lo tanto de transmisión de técnicas y saberes; de resistencia hacia elementos extraños políticos y culturales; y también, esto es destacable, de integración de toda clase de peculiaridades sin ser nunca una ciudad mestiza y ambigua, sino que siempre tuvo canto y acento propios con una pizca de rica y aguda personalidad.

Esta situación de paso que tiene, como Aragón mismo, la sitúa medularmente entre múltiples estímulos culturales-políticos, más que económicos, cuyos cambios de dirección variarán en el pasado, y se ha encontrado emparedada entre Castilla y Cataluña, después entre Madrid y Barcelona; como péndulo imantado, atraída por imanes contrarios y polares, Zaragoza se ha visto tentada hacia ambos ámbitos como rechazo, como contagio, como ayuda. La presencia de Barcelona ha sido múltiple, y en el seno de Zaragoza lo que ocurría o venía de la capital del Principado se traducirá en cierto temblor del alma colectiva zaragozana.

Zaragoza, a través de su pasado y debido a esta función de encuentro y tránsito, ha vivido en un movimiento pendular entre Castilla y Madrid, y Cataluña y Barcelona, especialmente ésta, la de Barcelona. Su

atracción político-económica, ideológica y vital ha jugado un papel de primer orden en la vida de la Ciudad: la atracción política castellana de los Borgogna y de los Trastámara; la sugestión económica de la expansión catalana por el Mediterráneo; el carisma de los Austrias, pese al castigo filipense de 1593, que le hace tomar posición neutral en la guerra de Cataluña; su semineutralidad en la guerra de Sucesión, el apoyo catalán a los Sitios —no hay que olvidar que Agustina de Aragón era catalana y se llamaba Saragossa—. Pero sobre todo, en el siglo XIX los movimientos ideológicos, políticos y económicos de Barcelona se reflejan considerablemente en nuestra Ciudad, como lo hemos podido comprobar en la etiología del sitio de 1843, o mucho más adelante en la construcción del estatutismo aragonés, que culmina con la reunión y estatuto de mayo de 1936 en Caspe. Creemos que los sucesos de cualquier clase que ocurren en Barcelona en los siglos XIX y XX hasta la guerra civil tienen su caja de resonancia en Zaragoza.

La Ciudad posee una cabeza de puente que es el Arrabal, una pequeña Zaragoza agrícola, su estómago durante siglos, y que fijó una parte de su población rural, expuesta siempre, y quizá una de las causas de su falta de crecimiento demográfico, a las fiebres palúdicas, que en el Arrabal periódicamente se manifestaban a causa de las aguas semiestancadas de las balsas del Ebro Viejo.

Pero la Ciudad se rodea de un abanico fluvial —el Gállego, el Huerva, el Jalón— que completaba la visión de paraíso verde, en contraste con la sequedad del suelo que la circunda. El viajero, viniere por donde viniere a Zaragoza, sale de los páramos semidesérticos y se halla halagado y sorprendido ante un paraíso vegetal: Zaragoza y su huerta, la sorpresa de todos los viajeros que relataron su llegada a Zaragoza. Llegar a Zaragoza en verano era y es (ahora menos) pasar del desierto al oasis más fértil, casi como si fuera un espejismo engañoso. Zaragoza, la harta, la plena de todo lo que

el viajero sediento y hambriento puede encontrar, desde la fruta dulce a la hospitalidad perfecta y el descanso seguro. La ciudad, con su grandeza y servidumbre.

Por esta situación geográfica privilegiada, al valorarla define el genio romano como colmo de la inteligencia urbana y civilizadora. Zaragoza ha de ser puerta de España y establece sus peculiaridades históricas que han nacido con la romanización y el cristianismo, irradiándolos con unas funciones que operan primordialmente por ser puerta y paso, lo que le ha dado un destino de permanencia y resistencia.

Funciones que son de transmisión, de integración —Zaragoza integra el valle medio del río y hace girar sus tierras y gentes sobre el eje del mismo—, de oposición, de valimiento, de iniciación, de resistencia y difusión.

LA FORMA



Ricardo del Arco escribe que Zaragoza tiene forma de zapato “más o menos”. En el mapa de Josef Casanova de 1769, le encontramos una imagen de cerebro que reposa sobre los hombros acuáticos del padre Ebro, con cuerpo de parrilla de torres puntiagudas, calles paralelas al río, y pocas perpendiculares; la única durante siglos fue la de San Gil, y ya a fines del siglo XIX la de Alfonso I, que logró la ruptura vertical con mucha fortuna, mayor que la que tuvo la de San Vicente de Paúl, que se llevó por delante el sereno y palaciego y administrativo barrio de la Seo, incumpliendo su fin mercantil hoy casi frustrado.

La Zaragoza antigua admite a muy duras penas las calles perpendiculares. Reja de calles estrechas, de anchos aleros, con un eje, el de la calle Mayor, el eje romano, y de las que el arquero Cock subrayaría que en ellas no podían entrar los coches, y por lo tanto, era ciudad de peatones a la fuerza. Con el contrapeso de tanta estrechez, la anchura del Coso, que también lograba la admiración de los viajeros por todo lo contrario: su amplitud, que permitía el paso de varios carruajes a la vez.

Quizá esta topografía angosta de la Ciudad ha podido influir en el sentimiento de horror al vacío que la impregna, y que no tolera los anchos espacios ni los paramentos desnudos, lo que puede, esto último, proceder de la influencia mudéjar que busca la geometrización del espacio.

Los zaragozanos no nos sentimos integrados en los grandes espacios urbanos. La plaza de las Catedrales nos es algo incómoda por ser desmesurada a nuestras proporciones urbanas, aun estando dividida por las zonas del monumento a Goya, un panteón sin Goya dentro, la zona del Ayuntamiento, la del Pilar y sus escupideras fuentes, y la de los Juzgados con el escenográfico monumento a los Caídos.

No, no nos vienen bien los espacios de amplios límites; de ahí que los ensanches que Zaragoza ha padecido en el siglo XX se quedaran angostos ya al nacer, o el ingenio zaragozano de alguna forma consigue dividirlos en piezas compartidas o rellenas por automóviles aparcados. Véase la última o de las últimas reformas de algunas de nuestras plazas, la de Salamero; enseguida se la rellena de coches en sus entrañas, y en la piel, en la superficie, creo que de rascacielos. La Ciudad es así frente al horror y el vértigo del vacío.

Zaragoza ha padecido de una luz diurna opaca, tamizada por el leve vuelo de los rafeles de sus casas, que en algunas calles se palpan entre sí. Sin embargo,

de noche, Zaragoza a la luz de la luna resaltaba en blancura, asombraba a los viajeros musulmanes por su ingravidez.

Existió una larga tradición de iluminaciones nocturnas, que casi llega a nuestro tiempo, acentuadas especialmente en los momentos estelares que la Ciudad vivía con obligada competencia entre palacios de autoridades, nobles y burgueses. Presentar una Zaragoza y sus casas bien iluminadas por la noche, era un distintivo secular de la Ciudad, que procuró no padecer escasez de luz nocturna como en otras ciudades españolas, aunque de ello insistentemente se quejen los vecinos. Pero es que la queja sobre las deficiencias ciudadanas es algo también consustancial al zaragozano.

El zaragozano, que quiere mucho a su ciudad, sin pregonarlo, siempre la encuentra mediocre, y adopta una actitud entre escéptica y crítica, a veces supercrítica de las deficiencias urbanas, y pocas veces se entusiasma por las mejoras que se realizan, en las que encuentra siempre punto flaco. Pero esas quejas, aunque suelen tomarse a menudo como humorísticas, pueden ser una crítica contenida y medida no exenta de convertirse en ácida y desbordada, pero sin que llegue nunca la sangre al Ebro.

POBLACIÓN MUTANTE

Desde sus raíces casi, es una Ciudad de cambio, con desaparición o desintegración natural de la población: germanos, la dominación musulmana con sus variantes islámicas y su costado mozárabe, y la minoría hebrea. La nueva remodelación demográfica con la Reconquista,

y la llegada de montañeses, navarros y francos, quedando los judíos y mudéjares, que una vez expulsados crearon un vacío que fue compensado de nuevo en siglos diferentes y sobre zonas históricas y económicas también distintas de la Ciudad. Las pestes, que en la Edad Moderna asolan la Ciudad y afectan su demografía con el vaivén de la emigración aragonesa, y la invasión pacífica de gentes galas, que creció a partir de la guerra de Sucesión, aunque siempre existió.

Al compás demográfico del siglo XIX va creciendo, nutriéndose como siempre de la mal frenada emigración rural, propiciada por las consecuencias de la desamortización, y después el empobrecimiento pirenaico producido por el desequilibrio entre una economía agraria ganadera y los avances de la revolución industrial, y más aún creemos —lo supongo— por la revolución comercial producida con el liberalismo económico: la integración en la Ciudad de los montañeses. Una emigración de élite, de segundones, de los afectados por la ley del *hereu*. Una emigración inteligente y activa que llenó muy pronto Zaragoza de dirigentes, que lo serán en la Ciudad por mucho tiempo. La última conmoción demográfica será la de hoy: la succión por Zaragoza de población aragonesa con otras emigraciones: restos de la guerra y de la posguerra y de la dispersión demográfica meridional.

El censo de 1495 nos da la composición variada y múltiple de su trama social: netamente urbana, pero con aportación rural; una masa media que va a conformar a la Ciudad hasta nuestro tiempo, en la que esa masa media es su eje de convivencia con núcleos de grande y a veces exquisita cultura, pero minoritaria y que se encuentra al margen del resto social, aunque viviendo y latiendo dentro de ese resto.

Los Sitios baten esta sociedad, la mezclan y la desintegran; ya que la grande y vieja aristocracia había emigrado a Madrid o quedaba reducida dentro de la masa media a una vida burguesa plácida y pacífica.

Los aportes isabelinos y alfonsinos, nacidos de la desamortización, dan una nueva fuerza a la capa aristocrática y de altos niveles sociales de la Ciudad, pero con un apagado tono siempre nostálgico y levemente aristocrático. Pues la Ciudad no es una ciudad de aristocracia, que jamás tiene una máxima importancia en la vida real de la Ciudad, ni tampoco es suficientemente cerrada para no mezclarse. Sin embargo, cuando mantiene su rango lo hace aparte, dando una nota pintoresca a la Ciudad con un tono de vida de aristocracia provincial, amable, cordial y conviviente.

En la “Matrícula de Caballeros e Hydalgos” de Zaragoza, de 1589, nos encontramos con diecisiete notarios, siete labradores, dos plateros, tres calceteros, seis mercaderes, un trapero, dos pintores, dos drogueros, un zucrero, un escribano, un carpintero, un ganadero, tres médicos, cuatro boticarios, cuatro panaderos, dos cirujanos, un obrero de villa, dos tintoreros, un criado, un magistrado, un campanero, un doctor en leyes, un sastre y un armero. Es decir, una gama muy representativa de las zonas sociales de la ciudad que figuran junto a los nombres de la alta nobleza, la de otra nobleza que trabaja con sus manos, y es noble.

En la mañana del 20 de diciembre de 1593, en la plaza del Mercado, subían diecinueve hombres al patíbulo para ser decapitados. El primero de ellos sería Juan de Lanuza, justicia de Aragón, acompañado en el mismo suplicio por don Juan de Luna, don Diego de Ayerbe y un espadero, un pelaire, un aceitero, dos labradores y un músico; a otros seis labradores se les daría garrote, pena más infamante.

Igualmente junto a Lanuza en el cadalso se encuentra la representación popular de la ciudad. Esta es Zaragoza.

Ha sido una ciudad asaz dinámica en su composición demográfica —emigración, inmigración— y escasamente estática en su composición social, sin niveles sociales estratificados, fluida siempre, integradora o

dispersadora. De venida y marcha de la ciudad. Los linajes no duran, apenas existen, y pueden desaparecer en una generación, lo que impide la existencia de la misma crema social escleróticamente fija, y prepotente, que es propia de las culturas selectamente urbanas.

Los estratos o niveles sociales se mutan o desmigán con rapidez. Por otra parte, el neófito zaragozano se arraiga, pero puede durar no mucho tiempo; un arraigo a medias. Además los zaragozanos suelen, sin mucho pesar, desarraigarse de su ciudad. El zaragozano se va, y es que no le importa irse de su ciudad, o nadie le obliga a quedarse en bien de la misma. El nacionalismo zaragozano es mínimo, aunque haya casos ejemplares de fidelidad a la ciudad. Son los menos.

A veces, el zaragozano se harta de su ciudad, y le da la espalda y no le importa irse, aunque con pequeña nostalgia puede todavía volver. La nostalgia de los zaragozanos fuera de su ciudad es suavemente sentimental y poco operante. Cuando de nuevo la visitan, esta nostalgia de recuerdo les lleva a un silencioso y lento paseo recorriendo lugares que ya se fueron, que no existen, sin sentirse frustrados por la mutilación o pérdida de un trozo de la ciudad, y cuando vuelven para quedarse son como sombras ciudadanas no recuperadas. El zaragozano también se diluye o sube y baja en la escala social, y después en la oscuridad se pierde a través de los hilos del pasado.

A lo largo del siglo XVIII, con los Sitios y en el XIX, y no digamos en nuestro tiempo, se erosionaron los antiguos linajes, que iban mutando permanente y sucesivamente, de manera que las generaciones se devoran entre sí en un recambio continuo, lo que impide la permanencia de los linajes. Los emigrantes vienen a Zaragoza, parte por lazo de matrimonio, que fue una forma secular de avecindarse en la ciudad, formando un mecanismo de integración y dispersión en las familias cuando éstas crecían, al dividirse la célula familiar

y desarraigarse parte de sus componentes, de forma que con el tiempo no llegarían ni a recordar los orígenes de la familia inicial, el solar de la misma. Y vuelta a empezar: en cualquier momento nace una nueva familia, que mañana o pasado volverá a escindirse para plantar sus nuevos esquejes en otros rincones de España.

Zaragoza carece de castas y apellidos, estirpes de apodos, tan usuales en cualquier ciudad española o no, con familias que viven incluso siglos sobre el antiguo solar, no sólo de la nobleza sino provenientes de muy distintos sectores sociales. Ya lo hemos dicho, los Sitios fueron la gran batidora que acentuó esa proclividad al cambio continuo de la población que Zaragoza tiene.

Aquí los linajes desaparecen pronto, quizá en una generación. Cuando en nuestro trabajo encontramos documentos del siglo XIX, con apellidos ilustres hoy subsistentes en familias que los llevan, lo ignoran, y si se les comunica, no lo toman muy en serio, y sólo como algo simpático y agradable, pero ido, sin vigencia. La existencia de una Real Maestranza dedicada a guardar la pureza del linaje, y de una Asociación de Hidalgos no contradice este aserto, sino que lo subraya.

En Zaragoza no hay culto a la estirpe, no se da culto a los linajes y ni siquiera a los apodos tradicionales, y los apellidos ilustres no son ostentados socialmente para impresionar a los demás. El brillo del linaje a nivel de conocimiento de todos dura lo que la vida de un hombre, y poco más. Quizá sea ésta una de las razones de la también escasa o nula vigencia social y económica de la aristocracia como nivel social alto y prepotente.

El cambio demográfico constante acarrea el amortiguamiento de la conciencia de la ciudad hacia el pasado y la carencia de nostalgia y la falta de respeto de los zaragozanos por la Zaragoza pasada y por las gentes que en ella vivieron.

Por otra parte, esto hace que sea Zaragoza una ciudad abierta, sin círculos herméticos, especialmente de sangre, ni tampoco sociales o económicos, como no sea en casa de cada cual. Todos los zaragozanos sienten íntimamente su derecho a estar en la ciudad. Sienten que son ellos la ciudad. Por lo tanto resultan infructuosos los ámbitos cerrados en los que nadie cree. Es una de las características más hermosas de nuestra ciudad, que sin ser aristocrática y linajuda, tampoco resulta plebeya, sino simplemente abierta.

Sé que este aserto me lo van a discutir, pero lo vemos así. Ejemplos hay múltiples en comparación con otras ciudades españolas, de ámbitos muy cerrados y estrechos, de niveles sociales impermeables. En los actos públicos más estrictos suele estar representada toda la ciudad. Algunos de los círculos que parecen más minoritarios, pasan apuros para tener socios, y si algún centro restringido se crea, tarde o temprano tendrá que abrir sus puertas a todos, incluso disminuyendo los prejuicios sociales y barreras económicas que impedían su acceso.

Naturalmente que existen las diferencias engendradas por la riqueza, pero debido a que mentalmente los niveles sociales están compensados, se produce un sentimiento común de igualdad en el uso de la ciudad. La ciudad es de todos. Creo que en Zaragoza se dan las mínimas cotas de *apartheid* social y humano que la civilización burguesa y urbana engendra.

Zaragoza es una ciudad de gentes libres, porque cada uno de sus componentes practica de manera notable una autonomía social y mental que hace a todos libres, y que tampoco resulta ni consagra valores consagrados, porque tiende a la acefalía. Ni apellidos, ni hombres que sobresalgan, que resalten sobresalientemente del resto de los zaragozanos o que se autorresalten. La Ciudad no admite tan fácilmente la consagración personal aunque sea justa, si al consagrado se le ve la pluma del endiosamiento, la vanidad, la infali-

bilidad o la imprescindibilidad. La Ciudad admite muchas cabezas, pero no pocas. Se siente muy herida o muy ofendida cuando alguien se planta en el ruedo y dice "Aquí estoy yo". Que tenga cuidado quien lo haga.

Lo dicho: Zaragoza no es propicia a recintos cerrados o reservados. Zaragoza es una ciudad abierta que admite a todos, quizá porque durante siglos ha visto transcurrir sobre sus calles a gentes de las más dispares presencias y procedencias. Si se compara esta actitud de apertura con la de otras ciudades españolas, se verá que Zaragoza gana. Todos los recintos públicos son para todos, sin ninguna discriminación. En cualquier sitio te encuentras a todos. Ni aun en los círculos que podrían ser más estrictos, si se puede pagar la cuota de entrada; que si es muy alta, ya será bajada, porque la ciudad no está por los círculos estrictos. El zaragozano va y entra a todas partes como señor de su ciudad. Y que siga ocurriendo así para siempre. Todos los zaragozanos debemos cuidar de este extraordinario talismán de convivencia urbana que poseemos.

LAS RUPTURAS

Zaragoza, a pesar de su concreto trazado urbano originario, casi inmutable, ha padecido movimientos tectónicos internos e importantes con repoblación o ensanches singulares a través del tiempo, por diversas motivaciones: religiosas, políticas, económicas, sociales y urbanas, a veces muy bruscas: expulsión de los judíos y los moriscos, y los Sitios. Una serie de rupturas internas o de los confines habituales de la Ciudad, durante un largo tiempo, están implicadas en su historia. Supo-

nen estas rupturas una característica más de Zaragoza. Estas rupturas se desarrollan con rapidez, tanta como la consolidación del nuevo suelo urbano, originado por aquéllas.

Acabado el terremoto de la ruptura, la nueva parte de Zaragoza nacida se estratifica y pasa a formar parte de la fisonomía de la Ciudad, integrándose en su configuración habitual, de forma que al poco tiempo se ha injertado o ensamblado con la antigua zona, para pasar a ser parte tradicional más de la Ciudad. Una ciudad que lame o cura sus heridas urbanas sin que apenas sus suturas y cicatrices se perciban al paso del tiempo.

Y alejándonos de la Edad Media, comentemos, aunque sea levemente, las rupturas seguidas por nuestra Ciudad en el tiempo moderno y contemporáneo.

En el siglo XVI, sumamente abierta es Zaragoza por la activa vida artesanal y comercial que en ella se da. Por otra parte, las noticias que nos dan los viajeros que visitan la ciudad por aquella época son la admiración por el número de mercaderes extranjeros que acuden a nuestra Lonja, que es además una importante tabla de depósitos.

A la generación de los judíos conversos capitalistas de la época de los Reyes Católicos debió de seguir gran generación mercantil y artesanal, que completó la función agrícola de Zaragoza y al paso el costo de los grandes palacios de la época. Expansión urbana que fue restringida, después, frenada por el auge de la vida conventual, que había de ampliarse sobre la morería una vez expulsados los moriscos.

Una nueva ruptura urbana supondría esta expulsión, que modificaría la composición y estructura de la parroquia de San Pablo, más mercantil y artesanal que agrícola, que fue su origen medieval, ampliándose hacia el camino de Ronda y la puerta del Carmen por un lado, y por otro hacia la iglesia del Portillo.

Igual ruptura había sufrido la ciudad cuando la expulsión de los judíos, a finales del siglo XV, dio lugar a la creación de un barrio nuevo, completando la población de la otra orilla del Coso, asfixiada por la mole del Hospital Provincial, y concretando la parroquia de San Miguel como asentamiento inicial de la colonia de navarros formada a raíz de la Reconquista.

La intensa economía del siglo XVI se apaga en el siglo XVII, tornando Zaragoza a su principal soporte, formado por la agricultura que la circunda, aunque sin perder su función comercial; pero la propiedad agraria se encontraba concentrada en el sostenimiento de la vida conventual tan importante surgido con motivo de la contrarreforma y que tenía en sus manos las mejores tierras zaragozanas. Lo que supone en el marco económico y social el montante de los bienes de la Iglesia, lo podemos deducir de las cifras que sobre las rentas agrícolas nos da a mediados del siglo XVIII Fermín de Lezaún. Las rentas eclesiásticas suponen 832.163 reales plata. Las civiles 333.646 reales plata. Las primeras se proyectan sobre 3.699 personas, las segundas sobre 24.042 personas.

La construcción del Canal Imperial potenció este soporte agrícola, haciéndolo muy firme hasta el umbral de nuestros tiempos. El Canal especialmente será una vía importante de exportación de granos. Es el tráfico de granos el gran comercio que lleva la jefatura de la vida económica zaragozana en el reinado de Fernando VII. Los Sitios han obligado a reconstruir una buena parte de la ciudad, especialmente la inmediata al convento de San Agustín. La voladura del Hospital de Nuestra Señora de Gracia y del convento de San Francisco obligan al replanteo de la plaza de la Cruz del Coso, que se llamaría pronto de la Constitución o Plaza Real, alternativamente.

Las cifras de Lezaún antes expuestas sobre la riqueza de la Iglesia zaragozana hacen comprender la trascendencia que tuvieron las desamortizaciones de nuestra

ciudad, coincidentes con el pleno auge del comercio de granos, que potenció la fuerza económica de la burguesía y que después de los Sitios adquiriría el predominio de la ciudad, aunque se ennoblecería luego por los nuevos títulos nobiliarios o en su mezcla con la nobleza de sangre. Con las primeras guerras carlistas el proceso continúa y se acentúa. La llegada del ferrocarril contribuirá más a ello para movilizar los capitales acumulados, iniciándose los primeros tanteos industriales, la especulación financiera, seguro y bancos, y también la especulación minera. Paralelamente nacería un sentimiento de clase en los asalariados de la pequeña industria, vinculados muy especialmente a las corrientes sociales e ideológicas de Barcelona, y cuya importancia nos la da ya el síntoma de haberse celebrado en Zaragoza el Congreso de la Internacional en 1872, con sesiones clandestinas celebradas en la calle de Don Juan de Aragón, 22, principal, y una sesión pública suspendida en su inicio, que tuvo lugar en el popular teatro Novedades —situado entre las hoy calles Casa Jiménez y Albareda—, donde estaba prohibida la entrada a señoras con cestas y caballeros con manta. Una huelga de tejedores sería una consecuencia inmediata. Mitin y huelga, dos instrumentos históricos entrarían en juego en la vida pública de la ciudad.

Al mismo tiempo se iba originando un cierto sentido regionalista, buscando la entidad cultural de Aragón: la Biblioteca de Autores Aragoneses, editada por la Diputación, así como la realidad del Derecho Foral, con la gigantesca sombra de Costa sobre la ciudad, que perduraría más allá de su muerte.

Desde 1908, con la conmemoración del Centenario de los Sitios, y bajo la aguda mirada de Basilio Paraíso, la Ciudad acelera su proceso urbano en el carril de la industria y de la utilización de nuevo producto de especulación agraria: la remolacha, así como de otras industrias alimentarias, y por la inversión en nuevos transportes y fuentes de energía, rompiéndose los límites de su contorno tradicional hacia San José, traspas-

sando la puerta del Portillo y buscando el camino de Torrero. La Gran Guerra favoreció el crecimiento económico de Zaragoza y las discrepancias sociales, buscando el ahorro de una nueva zona de interés: las propiedades del suelo urbano para el que el cubrimiento del Huerva significaría mucho, como lo ha significado en nuestro tiempo con la construcción de la avenida de Cesáreo Alierta, sin olvidar lo que supuso la Ciudad Jardín para la urbanización de las Delicias o lo que ha significado ahora el puente de Santiago para el futuro nuevo Arrabal.

La guerra civil consolidó en un momento de gravísima crisis histórica y económica el ahorro zaragozano. Todo se vendió y todo se necesitó para ser fabricado como fuese para suministrar productos de toda índole a quienes vivían en la zona nacional. Fue la gran época de la pequeña industria zaragozana, como después sería con la posguerra, con su poso demográfico sedimentado por el torbellino de la contienda civil, enlazada con la repercusión de la segunda guerra mundial. El ingenio zaragozano dio de sí su formidable capacidad de subsistencia y de creatividad industrial dentro de los límites de sus posibilidades.

Por otra parte, el ahorro producido por el alza de los bienes agrícolas durante la inmediata posguerra produjo la segunda oleada de inmigración de gentes campesinas que vinieron a Zaragoza buscando puestos de trabajo, o a colocar sus ahorros en bienes inmobiliarios, a los que también se dedicó el viejo y el naciente capitalismo zaragozano, impidiendo para siempre que Zaragoza fuera un gran centro industrial. En pocas ciudades del mundo se ha convertido una primera gran industria en solares y urbanizaciones sin ningún eco ni comentario alguno, como volatizada. Esto ha ocurrido en la nuestra.

No obstante, la industria, junto con los servicios, ha sido el imán de la gran succión demográfica ejercida por Zaragoza, no sólo sobre Aragón, sino tam-

bién aunque en menor cuantía sobre otras distintas provincias españolas, debido al desfase entre salarios rurales y urbanos, dando lugar a una Zaragoza, la de hoy, que está sufriendo la gran revolución demográfica de su historia y que ha engendrado la gran confusión sobre el destino de nuestra ciudad, que será muy distinto: otro de lo que es y ha sido; sobre todo, lo que ha sido.

POLICENTRISMO

Zaragoza fue y es una ciudad parcelada en sus barrios urbanos, no rurales —el término municipal, muy amplio, ha ido desde Perdiguera a La Muela—, sin un centralismo de poder, aunque aparentemente no lo parezca. Policentrismo teñido de un fuerte acento popular adormecido en las más de las ocasiones, pero dispuesto a despertarse en cualquier momento, en un instante imprevisto. Ciudad mercantil por excelencia, la clientela que proporcionan los barrios supone un suelo económico, un consumo y una demanda social.

El barrio, comunidad de convivencia y de poder, ha tenido en Zaragoza siempre una importancia reguladora de la vida de la Ciudad en su policentrismo. No han sido las parroquias como en otros lugares, aunque en momentos las parroquias zaragozanas tuviesen una cierta entidad política. El barrio es algo más que la parroquia, con límites fluctuantes. Sus límites pueden coincidir, pero también no. La división por barrios es ancestral en nuestra ciudad y su latido sigue sorprendentemente vivo en nuestro tiempo.

En 1495 vemos emerger, en la tosca urdimbre del censo ordenado por las Cortes de Tarazona de aquel

mismo año, la textura de unos barrios que se irán conformando urbanísticamente para tener presencia propia en los motines de 1766, y no digamos en los Sitios de Zaragoza, donde la vieja agrupación de barrios con su división borbónica en cuarteles, juega un papel de primer orden en la defensa de la ciudad; barrios que tienen entonces entidad propia dentro de los cuatro cuarteles en que se divide la Ciudad. Y que ciertamente formarán los barrios modernos, superada la división celular y pequeña nacida en la Edad Media: los cuarteles del Pilar, San Miguel, San Pablo y la Seo, este último engloba durante mucho tiempo una población eclesial, administrativa, universitaria y artesana, que lindaba con el de la Magdalena, simbiosis de labradores, gentes del río y molineros.

El barrio ha sido, y lo sigue siendo, una forma de organización no sólo para el ocio, con repercusiones políticas que en cierto modo encuadran el entramado histórico de la Ciudad.

Cuando el conde de Aranda en 1769 viene a visitar Zaragoza, hay un apresurado movimiento municipal para agasajarle en su entrada en la ciudad con festejos casi reales. Son llamados los gremios principales, pues en sus manos tenían las estructuras de formas de ocio de la Ciudad, y éstos, a través de sus representantes, aceptan participar, pero pagándoles en todo caso, no por admiración al conde. Los gremios en Zaragoza fueron el plasma vital de barrios en cuya yuxtaposición se integran, aunque con fisonomía propia, cada uno de ellos. Forman un engranaje celular que da sentido urbano a la ciudad, aunque no necesariamente barrios y gremios han de estar acoplados en el mismo espacio urbano. El barrio de San Pablo fue un barrio labrantín, después industrial, después mercantil, después otra vez labrantín. Es un macrobarrio urbano, como el de la Magdalena, en el que se integran subzonas barriales distintas y muy diversas en su composición social. Hay un caso aparte: el del Arrabal, con su inmutabilidad o impermeabilidad en el tiempo, que

prácticamente ha tenido dos mutaciones importantes, y éstas han sido muy contemporáneas: la llegada del ferrocarril con la estación del Arrabal, que supuso una incipiente industrialización y el inicio de la pérdida de su personalidad rural, completada en nuestros días con el puente de Santiago, que ha acabado con el Arrabal tradicional. Ya será otro.

El Arrabal, soporte urbano del río por ser cabeza de puente, durante siglos estuvo estratificado urbanamente. Era como un apéndice de Zaragoza, cuya iglesia no tenía siquiera pila bautismal. Los vecinos la pedirán insistentemente y para ello alegan la inclemencia del tiempo que tenían que padecer los recién nacidos al pasar el río.

El Arrabal era un barrio campesino con una espléndida huerta, con sus molinos de aceite; siendo, a nuestro juicio, el soporte agrícola y económico de Zaragoza, muy superior, naturalmente, a la huerta del Huerva y a la estampa arbolada de olivos que lamía los tapiales de la puerta del Carmen, pero escasamente verde. Las tierras situadas a la derecha del Ebro alcanzarían su lozanía y verdor cuando empezó a regarlas el Canal Imperial. Antes la imagen de la Zaragoza rodeada de verde de la que nos hablan los viajeros, la producía la orilla izquierda del río a su paso por Zaragoza: el Arrabal. Que era lugar de paseo para los zaragozanos. El regalo de un día soleado de otoño y primavera al otro lado del río, suponía una modesta aventura plena de encanto. Juan Bautista del Mazo representó a Zaragoza desde el Arrabal: una Zaragoza divagante y coloquial, por grupos, como hacen los zaragozanos. Los cinco de marzo se conmemoraban tradicionalmente en los sotos de Cogullada, cuya festividad era también muy celebrada por los zaragozanos con una excursión de merienda y danza o baile.

Este policentrismo de la Ciudad se apreciaba también en los mercados, el lugar de compra y venta de mercancías, situado en la plaza del Mercado desde la Edad

Media, donde también se hallaban ubicadas distintas oficinas municipales y las cárceles reales, concentrando el comercio que surtía el ajuar y la vestimenta de los zaragozanos. Pero su estómago también era alimentado y calentado por los mercados de las plazas de Santa Marta, del Pilar —donde se vendía hielo conservado en las neveras de piedra de Fuendetodos o del Moncayo—, del Carbón y de la Leña. Pero no hay que olvidar la Lonja, que aunque tuvo funciones muy diversas a lo largo de la Historia, en el momento áureo de nuestra Zaragoza —creemos que fue el siglo XVI— suponía un gran negocio cotidiano de contratación de mercancías y valores.

Unos mercados y una red de calles tejidas paralelamente al río, a excepción de las de San Gil, Cerdán y Escuelas Pías; mucho más tarde, la de Alfonso, y más tarde aún, la de San Vicente de Paúl; ésta con una vocación comercial frustrada, que no tuvieron sin embargo desde su nacimiento las tres primeras citadas. La gran calle de nuestra Ciudad es el Coso, que circunscribe el viejo casco urbano, el primigenio, el romano. Su anchura asombraba a los viajeros. El Coso, colonizado en el siglo XVI por la aristocracia aragonesa con sus hermosos palacios de jardines interiores, fue lugar en donde se concentraron los grandes establecimientos ciudadanos: el Hospital, el Teatro, los graneros, la Universidad, con su epicentro en la Cruz del Coso, después, plaza de la Constitución. En el Coso se celebraban los grandes festejos urbanos, especialmente militares. Pero el Coso, ancho en contraste con la red de vías urbanas de la Ciudad, es un lugar de paso y de prisa, también de resistencia en la defensa del núcleo autóctono de la ciudad; un lugar límite, donde se empieza de nuevo. Los franceses, cuando la ocupación, formaron ese cuadrilátero que sería la alegre plaza de España, y rompieron el camino hacia Santa Engracia y Cuéllar, creando al otro lado del río Huerva los Campos Elíseos y el paseo de las Damas, porque durante la francesada se deja de pasear al otro lado del río, debido

a los controles militares que había en el puente de Piedra. Y Zaragoza va a tener tres paseos más: uno que tuvo una gran historia urbana y que se niega a morir en nuestros días, el paseo de la Independencia; otro, muerto apenas recién nacido, el de las Damas, y el de Sagasta o de Mola, hijo urbano de nuestro tiempo y de la expansión próspera de los años 20 desaparejado en sus aceras y hoy convertido en el garaje del sol y de la estrella.

Pero si el núcleo del ocio ha cambiado, también el de la vida comercial. Creo que Zaragoza ha sido, es y será una ciudad primordialmente mercantil, en grueso y en menudo, cumpliendo una gran función distribuidora, que tuvo siempre zonas urbanas de comercio de élite, que podemos situarlo en la calle de las Botigas Hondas, pasarlo a las de Escuelas Pías, Cerdán, Manifestación, Mayor y San Gil, del que se apropió rápidamente la calle de Alfonso, para diseminarse después por toda la Ciudad en busca de otros núcleos de asentamiento.

Por otra parte, el gran barrio administrativo durante siglos fue el de la Seo, alrededor o junto a la Seo, la Lonja, el Ayuntamiento, la Diputación del Reino, el palacio arzobispal o real. Una zona que se llevaron para siempre los Sitios, dispersándolo para no recobrarlo jamás.

CIUDAD DE RESISTENCIA: "INTUS EGO"

Fundada para defender y resistir como un bloque compacto urbano, cuya topografía interior parece a modo de inmenso castillo con la apretada yuxtaposición de sus casas y los estrechos fosos de sus calles y

escasa rectitud de éstas, hacían de la Ciudad ser, más que fortaleza urbana, una colosal trampa.

Ciudad de permanecer y resistir; difícil por lo tanto, casi imposible a la invasión y a la extraña ocupación, si la misma ciudad no la acepta: En el siglo VII, el caso de los guerreros francos de Dagoberto, que intervinieron en el conflicto Sisenando-Suintila, que fueron acogidos en Zaragoza como amigos y así fueron tratados. O en el siglo XIX, con los soldados del duque de Angulema, que son bien acogidos en las casas zaragozanas, cuando doce años antes habían sido rechazados a sangre y fuego.

En caso contrario, la Ciudad se convertía velozmente en un mortífero *nuragui* de difícil conquista, aunque se intente tomarla por sorpresa desde dentro: 5 de marzo de 1838. No es de extrañar que, dada la condición estratégica y urbana de Zaragoza, haya sido protagonista única de asedios y batallas,

Ya en el siglo VI, en 541, sucedió lo que Lacarra llama el primer sitio de Zaragoza. Por los reyes francos Childeberto y Clotario, de tierra gala tenían que ser. Asedian a Zaragoza durante cuarenta y nueve días, que imponen el hambre en la Ciudad y plegarias de sus gentes en las murallas, frente al asombro de los bárbaros francos, que se apaciguan ante la presencia de la túnica del mártir San Vicente, del que eran muy devotos; conocido su martirio a través de la poesía de Aurelio Prudencio. La tentación del dominio del río Ebro como última frontera de Francia, se evidenciaría en el año 541, como en 778 y en 1808.

Los vascones no le dejaron disfrutar la paz cristiana gótica de los obispos de Zaragoza en el siglo VII, en el que fue sitiada ante los ojos asombrados del obispo Tajón, que no alteró su serenidad. He aquí otra característica zaragozana, la serenidad ante el peligro y el miedo, la inalterabilidad ante los obstáculos que afectan a la colectividad. Tajón siguió escribiendo sus *Sentencias* mientras la Ciudad era asediada sal-

vajemente, y durante los sitios napoleónicos la vida de los zaragozanos siguió imperturbable, dolorosamente impertérrita, menos en los momentos finales del segundo sitio.

En la primavera del 778 sufriría Zaragoza un nuevo y espectacular asedio, descrito con letras áureas en el libro de la Historia. El todopoderoso señor de las Galias, Carlomagno, aprovechándose de las tensiones internas que se producían en el emirato de Córdoba y que se reflejaban en el gobierno de Zaragoza, y alentado por Sulayman, su gobernador, vendría a tomar la Ciudad del Ebro, para tener el valle en sus manos. Por otra parte, la tendencia geopolítica del suelo galo, que busca la primera línea de defensa prepirenaica en la posesión de las tierras del Ebro, y por supuesto de Zaragoza. La tentación franca de tener un glacis al otro lado de los Pirineos que llegase hasta el Ebro, tentación en la que caería otro emperador francés, Napoleón Bonaparte, sería abandonada por Carlomagno cuando, después de la toma de Barcelona por los francos, Abderrahman I y Luis el Píadoso renunciarían ambos a sus apetencias por Barcelona, ya carolingia, y por Zaragoza, que quedaba fuera de la influencia y tentación francesa para ser resucitada por el reconstructor del imperio carolingio mil treinta años después, Napoleón.

Carlomagno no podría poseerla, pese a que dentro de ella también vivían cristianos; los mozárabes que habitaban junto a los muros del templo de Santa María, resistían a un monarca cristiano en beneficio de un gobernador de la plaza, musulmán. Dos grandes ejércitos convocados por Carlomagno para tan épica empresa. Con ellos iría el emperador. No le sirvió. Zaragoza no fue tomada. Carlomagno tuvo que retirarse a Francia. Pero Zaragoza pasaría a la imaginación universal de manos del Cantar de Roldán, caballero entre caballeros, vencido en Zaragoza y muerto en Roncesvalles. Al-Husayn había sido el defensor de la ciudad.

Antes de este asedio ya había Zaragoza padecido el terrible sitio del 753, defendido por al-Sumayl, que fue levantado con ayuda de las tropas emirales después de la ayuda sicológica experimentada al recibir un mensaje que anunciaba refuerzos salvadores.

Después de Carlomagno, de mayo a noviembre del 937, Abderrahman III asediará Zaragoza, y después de varios intentos y con gran aparato de guerra tomará la Ciudad por el Arrabal y el Puente.

Pasarán siglos hasta que Zaragoza se encuentre en una situación semejante. Las batallas de 1710 en las puertas de la Ciudad, y los sitios sufridos en el verano e invierno de 1808 y 1809, demostrarán su capacidad de resistencia. Un último sitio, y éste no historiado, del que tenemos en vías de terminación un estudio completo, es el de 1843 por las tropas del general Concha. Asedio que, si bien fue benigno y escasamente cruento, señaló la importancia de Zaragoza en la vida política del romanticismo español, adoptando una actitud de resistencia a ultranza ante una coyuntura sustancialmente política, y que señalaría la relevancia de nuestra ciudad en el mapa político español y en la estrategia de las ideas, obteniendo un rol de primer rango que según la posición que la Ciudad adoptase en pro o en contra de una determinada acción política, las consecuencias serían trascendentales para la historia nacional. Véase el protagonismo liberal de Zaragoza en relación con las guerras carlistas. Véase el basculamiento de Zaragoza en la guerra civil de 1936, hacia uno de los dos contendientes, lo que determinó el desarrollo y posiblemente el resultado final de la contienda.

Los asedios sufridos por Zaragoza siempre tuvieron resonancias y ecos espectaculares, desde el primero en el 541; luego el de Carlomagno en el 778, del que el nombre de nuestra ciudad figura en la literatura épica medieval; hasta los de 1808 y 1809, de reflejos en la literatura universal contemporánea. En los duros in-

viernos polacos solían interpretarse, por los años en que vivió Napoleón, representaciones de teatro sobre los Sitios, en los salones de los castillos y palacios de la nobleza polaca.

Cuando el último sitio de 1843, en los partes del Gobierno de Madrid, contra el que se había rebelado Zaragoza, no se quiere que aparezca a la luz pública ni que sepan los españoles que Zaragoza está sitiada, y en la prensa nacional aparece la noticia dada como un suceso político y de mínima importancia y no como un sitio en toda regla de la Ciudad. Y es que la fama de la resistencia de Zaragoza era tan grande como para atemorizar a las autoridades nacionales, por lo que podría tener de ejemplo y consecuencia.

En la puerta del Carmen, entre los dos leones que existían apoyados en su cornisa y que la guardaban, existía la siguiente inscripción: *Intus ego* (Dentro, yo). Significativo lema del espíritu de dominio soberano e independiente de la Ciudad.

EL ARREBATO CON IRA Y SIN RENCOR

Creo que era Faustino Casamayor quien llamaba con este nombre al levantamiento de los zaragozanos, es decir, cuando la Ciudad se alborotaba de un modo impensado e imprevisto, unánime, ante cualquier suceso que motivaba su urgente ira. Venía el arrebato precedido de lo que llamaba “susurro desapacible”, muy académicamente, Sebastián y Latre, cronista de los sucesos zaragozanos de 1766.

El 24 de mayo de 1808, cuando al mediodía llegó la posta de Madrid con la prensa y correo que daban cuenta de que habían salido para Francia los últimos

restos de la familia de Fernando VII; allí en Correos, situado en el Trenque (lo que sería después calle Alfonso), allí mismo, empezó el desapacible susurro que inició de manera general, con una recluta aceptada voluntariamente por la población, el levantamiento antifrancés que asombraría al mundo de entonces por increíble y quimérico, casi absurdo, de que a Napoleón le parase los pies una anónima ciudad española.

Tras el susurro desapacible, la Ciudad se enciende y entra en un juego frenético y airado. Esta ciudad, que tan apática y fría nos parece, quemada en su espíritu por algo que considera alevoso e injusto o impropio de ella, en el que se juega lo que podríamos decir su honor, incluso más importante que su existencia. Hierve el “susurro”, la queja a media voz se convierte rápidamente, insólitamente, en grito de acción con un contagio increíble que impregna de manera enervada a todos los vecinos de la Ciudad, de forma que nadie —hará un milagro quien lo consiga— puede sustraerse y quedarse neutral ante el arrebato que acaba momentáneamente con la autonomía individual que disfruta el zaragozano.

Diez de la noche del 5 de marzo de 1838. Una patrulla que manda el cabo Feliciano Sánchez, obediendo órdenes del general carlista Cabañero, al que ha dado la misión el general Cabrera de tomar Zaragoza para su causa, con la ayuda de unas escalas, salta los tapiales cercanos a la puerta del Carmen y abre ésta, sorprendiendo a la guardia; se introduce Cabañero en la ciudad y la ocupa hasta la plaza de San Francisco (hoy de España) y Piedras del Coso (frente a Miguel Servet), intentando tomar por detrás la puerta de Santa Engracia. Pese al sigilo con que la operación se ha llevado, un tiro, sólo un tiro de un centinela es capaz de desencadenar el desapacible susurro que despierta un colosal arrebato de los sorprendidos zaragozanos, que van a reaccionar esa misma noche en un movimiento colérico de autodefensa colectiva, a ciegas, sin saber quién y cuál era el número de los ocupantes

de la Ciudad. Todas las ventanas y balcones de la Ciudad se llenan de fusiles, y como en los Sitios, cualquier objeto es una arma importante para combatir desde arriba o desde abajo a los soldados de Cabañero, que habían caído en una formidable ratonera y que reciben mesas y sillas y otros muebles, junto con cacharros de cocina lanzados con una furia sin igual por las mujeres zaragozanas.

Zaragoza —liberal siempre— rechaza de manera decidida a los carlistas, refugiándose los últimos, entre los que se encontraba el famoso guerrillero Cojo de Cariñena, en la iglesia de San Pablo. Cabañero tuvo que retirarse, siendo respetado, comportándose con él con gran magnanimidad y sin rencor los zaragozanos. Los carlistas tuvieron 253 muertos, 168 heridos y 732 prisioneros. Los zaragozanos, 11 muertos, 52 heridos y 54 prisioneros. El gobernador de la plaza, Juan Bautista Esteller, fue masacrado por no haber entrado en el arrebato. Zaragoza desde entonces ostenta en su escudo el título de "Siempre Heroica", con una orla de laurel. Durante mucho tiempo después, el 5 de marzo se conmemoraba con una romería popular a los sotos de la otra orilla del río, la del Arrabal.

La campana de la Torre Nueva animaba a rebato cuando éste comenzaba. La Torre Nueva, ya símbolo del espíritu zaragozano, cuando sonaba podía significar que la Ciudad peligraba y todos sus vecinos debían acudir a defenderla. Esta Torre Nueva, cuya misión no sólo era fijar la hora de la Ciudad sino también vigilarla, cuando no había costas que custodiar ni piratas berberiscos que temer; la torre no era la de un castillo sino sólo una hermosísima y frágil torre para velar una ciudad sin murallas, excepto en los primeros siglos de su existencia, y casi indefensa. La Ciudad no se encuentra fortificada, pero si defendida por su torre. Su fortaleza será la de sus vecinos, que se disponen a acudir en cualquier momento, en cuanto la campana de la torre toque a rebato. La existencia de esta torre debió de condicionar fuertemente

el ente colectivo zaragozano, fiado en sus propias fuerzas para defenderse a ultranza sin necesidad de unas ciclópeas murallas y para encenderse en el arrebato con música de campanas.

El arrebato, como un gigante latido de la Ciudad, siempre se dio, o puede darse, a causa de un misterioso sentido del honor colectivo que considera muy suya la Ciudad, que al ser herida en lo más profundo de su sensibilidad e imaginación le impele a obrar inminentemente. Aquella riada de zaragozanos que en las horas de un amanecer de verano acudieron doloridos a presenciar un Pilar recién bombardeado. Aquella riada de zaragozanos que volcaron sus ahorros ante las mesas petitorias para que un manto de la Virgen del Pilar no fuera ganado en subasta por Murcia. La anciana enlutada que nerviosamente saca de entre sus refajos un puñado de billetes verdes, producto por cierto del duro ahorro de toda una vida. Aquella masa de gente concentrada en la plaza del Pilar ante el temor de que las palomas fueran envenenadas.

El honor zaragozano es un escondido sentimiento colectivo que brota en el arrebato y que nace libre y hermosamente.

Max Weber escribe que el aire de la ciudad nos hace más libres. Efectivamente, el hombre en la ciudad vive desligado del duro y cíclico compromiso de la tierra, pero se podría añadir que eran más libres cuando la tierra significaba feudalismo y la ciudad no estaba industrializada.

La industria condiciona la ciudad a través de sus inmensas necesidades y su delicada estructura de producción y demanda que esa libertad aminora. No obstante, Zaragoza ha tenido siempre un aire libre y sus vecinos igual talante, estando acostumbrada a una flexible organización interna bien acomodada al paso del tiempo; de ahí que la historia de los tumultos callejeros no sea muy amplia ni muy sangrienta. Zaragoza en este sentido tiene un comportamiento alta-

mente ciudadano, dentro de lo que son las formas de expresión de la violencia popular en cada momento histórico, excepto en los Sitios, que es cuando la ira zaragozana se torna más dura y expresiva, y que en ocasiones apunta en las incidencias políticas decimonónicas.

Arrebato con ira pero sin rencor. Zaragoza es una ciudad sin rencor, sin la práctica del rencor, sin siquiera el conocimiento del rencor. Hermosa cualidad que hace a Zaragoza ser una singular especie colectiva de humanísimo comportamiento.

Ni en 1808-1809, ni en 1838, ni en el resto de ocasiones de arrebato, los zaragozanos demostraron sentimientos de venganza, o quedó en sus corazones el sentimiento innoble del rencor. Los zaragozanos ampararon a los pobres soldados del general Cabañero el 5 de marzo. A lo largo de muchos años de observador de la vida zaragozana hemos comprobado con satisfacción esta capacidad de olvido, esta ausencia de rencor que Zaragoza guarda generosamente dentro de sí. Personas, situaciones, hechos que sufrieron la repulsa más o menos colectiva, pasado el tiempo, Zaragoza había borrado todo síntoma de resentimiento y había tendido una invisible mano abierta, una actitud, una postura como si el arrebato no hubiera sucedido jamás.

MANERAS Y CUALIDADES

CIUDAD ALEGRE

Para el embajador Gaspar Contarini, Zaragoza era ciudad alegre. Y lo es. Sus habitantes individualmente lo son, pero no en demasia, su discreción se lo impide. Pero la ciudad es bulliciosa en sí, siempre sonriente, no hiriente. La gente va de un lado para otro de la ciudad, no cascabelando de alegría, pero dispuesta con cierta amabilidad, con cierta felicidad por el trato humano y desde luego sin tristeza ni taciturnidad. Es una alegría abierta, no muy grande si se quiere, pero generosa en fraternidad y franqueza.

Todavía Zaragoza no es una gran urbe que deshumaniza al ciudadano. Aún continúa amable, con la amabilidad ingenua y nueva que aún no ha podrido la revolución urbana del siglo XX, y su ámbito posee un rastro de cordialidad. Sí, Zaragoza es una ciudad con alegría comprensiva y bondadosa, que hace sonreír y sentirse en paz entre sus gentes sin resultarse extraños entre ellos. Por supuesto no es una alegría con ángel, una alegría con duende, pero sí con ingenio. Es sencilla, simple y dulce, y sin trampa, con una cierta calidad de vivir.

TOLERANCIA

Zaragoza navega en el tiempo bajo el pabellón de la tolerancia. El signo del entendimiento entre zonas ideológicas distintas o religiosas ha impregnado su historia: Mozárabes y musulmanes conviven en una época de brillante cultura, ocupando los primeros destacados lugares de su tramaje político y cultural en el reino islámico de Zaragoza. Tolerancia tanto para los islámicos como para los cristianos habitando un suelo de origen común.

Tolerancia con la sociedad judaica y en especial con los conversos que dieron lugar a una nueva clase social opulenta y abierta, de mentalidad innovadora y poder económico, presente en el gran comercio mediterráneo del siglo XV, que contribuyó a la forja en la Zaragoza del siglo XVI de una burguesía aristocrática que crea la Zaragoza precapitalista significada por la Lonja, que conoció y comerció con mercaderes de todo el mundo y que decayó en el siglo XVII.

Convivencia con los moriscos. En 1495 son el tres por ciento de la población de la ciudad, cuyo enclave de residencia, la Morería, era una ciudad dentro de otra por su autonomía cultural, religiosa, administrativa y económica, aunque ésta en ambas comunidades se encontraba entrelazada.

No tan tolerantes con los franceses que a lo largo del siglo XVII fueron viniendo a Zaragoza y que sustituyeron en cierto modo a la población morisca, que fueron siempre motivo de queja por su depreciación cultural, constituían injerto rechazable después por motivos de la guerra de Sucesión con una secuela de mal humor, que seguirá existiendo a lo largo del siglo XVIII, aumentada con la guerra contra la Revolución y la llegada de emigrados franceses, éstos de muy distinta carga cultural que los franceses que

vivían en la ciudad, incluidos en oficios no ilustrados. Este cierto resentimiento popular antigálico fue uno de los estímulos del levantamiento contra Napoleón.

A lo largo del tiempo contemporáneo la tolerancia ha continuado, sin que las ideas, y los sentimientos, y las incidencias políticas o bélicas o dogmáticas hayan hecho grandes y definitivas fracturas entre la gente zaragozana, que ha alimentado la concordia por encima de la discordia, o mejor, el olvido de la discordia.

ZARAGOZA, COMPRENSIÓN CULTURAL

Zaragoza ha gozado de un especial entendimiento hacia lo nuevo, por las nuevas creaciones del espíritu; después de un primer síntoma de desdén, viene la comprensión asaz generosa por lo nuevo, que se va entreverando por los distintos estratos sociales de la ciudad, adquiriendo entendimiento por estos valores inéditos, dando versiones sorprendentes, cuando no explosivas, y también a veces acompañadas del venial pecado de un esnobismo minoritario, o de distinta forma y talante social de expresarse.

Zaragoza es una ciudad de cultura. Esta se encuentra radicada en la entraña histórica de la Ciudad. En ella lo nuevo fue bien acogido, mejor, rápidamente comprendido. Zaragoza carece de paletismo cultural, aunque en algunos momentos lo parezca: la Ciudad sabe calibrar y afina lo que tiene vigencia y trascendencia universal, y cala en ello. Su cultura ha sido siempre de primera mano, en muy distintos campos de la creación espiritual o de las ciencias del espíritu, con nómina de ciertas figuras estelares de primera magnitud.

En la alta Edad Media, entre la gran oscuridad de la época, refulge el foco cultural de Zaragoza: el de sus obispos; el monasterio de Santa Engracia, con el cultivo del helenismo y sus manuscritos, de tan intensa fuerza que su luz traspasó los Pirineos y se iluminó Europa gracias a la llamada Escuela de Zaragoza, con su taller de copistas de manuscritos y sus cinco libros de las *Sentencias*, y San Braulio como generador de esta corriente humanista en la dura existencia producida por la civilización germánica.

A lo largo de la Zaragoza musulmana, escritores, filósofos y hombres de ciencia, especialmente médicos provenientes de distintas religiones, crean un clima de convivencia cultural propicia a la vida del espíritu, aun en los momentos epigonales, cuando se está acabando el dominio musulmán de la Ciudad. Avempace y Avicebrón, un musulmán zaragozano y un judío. Avicebrón simboliza el estilo cultural de la Zaragoza de la época. Avempace se interesa por todo; su universalidad y sus conocimientos del pensamiento helénico marcarían su influencia sobre el pensamiento judío-islámico posterior, y por ende, del cristiano. El segundo, discutido por los zaragozanos de la época, con su obra *La fuente de la vida* abriría un camino nuevo en la mentalidad cristiana medieval, frente a la omnipotencia de la filosofía escolástica. Un helenismo y anti-escolasticismo y exagerado espiritualismo frente a la cultura divinizada de la Edad Media cristiana y musulmana. Dos aventuras del pensamiento anidadas en Zaragoza.

La Aljafería, por otra parte, nos presenta una especial sensibilidad creadora no sólo en su ornamentación sino también en su articulación y modelación constructiva; se encuentra moteada de un toque de exotismo barroquizante dentro de la plástica arquitectónica hispano-musulmana.

El uso de la imprenta significa en el Renacimiento un nuevo tratamiento técnico de la cultura, acelerando

la difusión de las ideas con un nuevo hábito de lectura, y una nueva industria que pronto llega a Zaragoza, donde se editará uno de los primeros libros impresos españoles, bellísima y lírica edición de un libro religioso, el *Manipulus curatorum*, en un papel esponjoso y tierno —otro prodigio técnico—, que aún conserva su blancura y la pulcritud de letras en él impresas, sobre todo de los colores de las tintas de sus letras capitales; envidia de buenos impresores. Hecho relevante, singularísimo. Si la imprenta vino aquí, es porque aquí existía una sociedad, un pueblo capaz de entender el invento, estrenarlo y admitir su producto, es decir los libros, con dinero para adquirirlos.

El *Manipulus curatorum* nace en 1475, pero al año siguiente Pablo Hurus era contratado para editar los primeros *Fori Regni Aragonum*, que aparecerían poco después. Pronto se había aceptado el invento de la imprenta cuando en muchas ciudades europeas era un escándalo y un misterio.

Hans de Colonia había construido para la Seo ese retablo majestuoso en cuyas agujas aparecen sombras y redondeces del Renacimiento. Y los Forment esculpirán la portada de lo que debió de ser imponente monasterio de Santa Engracia, confirmándose el Renacimiento aragonés personalísimo en la expresión del volumen humano y de la flora ornamental. Camino novísimo en la época, que tendrá también su expresión en el retablo mayor del Pilar, y que culmina en la Lonja, centro mercantil para el cambio y venta, el cual los comerciantes zaragozanos de la época quieren que tenga poco que ver con el Gótico y sí con el bajo Renacimiento, y cuya gracia arquitectónica reside en el exacto, matemático e ingrátido volumen del edificio, símbolo de la gran Zaragoza del siglo XVI.

Zurita escribirá y publicará en Zaragoza, su ciudad, los *Anales*, con un nuevo sentido de fabricar la Historia, basado en documentos, limpio de retórica y explicado inteligentemente.

Los ingenios aragoneses del siglo XVII buscan denodadamente a Aragón en España, entre las sombras de su decadencia. También por el camino de una nueva economía. Será Diego José Dormer el que busca por esta senda, cuando desde Zaragoza, el 24 de marzo de 1684, ofrece al rey sus *Discursos histórico-políticos*. O fray Jerónimo de San José, con su *Genio de la Historia*, que planteará la filosofía de la Historia más moderna de su tiempo. Conjunto de amigos escritores, Gracián, Uztarroz y fray Jerónimo de San José evidenciaron una vida cultural aragonesa inquieta y pesquidadora, en la que figura como línea de partida el gran momento cultural de Huesca y del somontano pirenaico.

En 1651 Gracián publicó en Zaragoza *El Criticón*, impreso por Nogués y bajo pseudónimo de García de Marlones. El libro parece que se empezó a vender pronto y bien. Gracián estaba empezando el otoño dorado de su vida: le faltan siete años para morir en Tarazona. Los años de mayor potencia creadora los pasará en Zaragoza, que ha entendido el calibre literario del libro y del hombre. Aquí en Zaragoza confiesa, predica e imparte clases en el colegio de la Orden. A mano tiene a su gran amigo el erudito Andrés de Uztarroz; también al editor José Alfay, con el que posiblemente colaboró en la famosa antología *Poesías varias de grandes ingenios españoles*. Aquí, como antes lo hizo en Huesca, Gracián desarrolló una tremenda e insobornable creación intelectual y literaria; se preocupó de la edición de sus libros y de su mercantilización, por encima y por debajo de las normas de su Orden. Hay en Gracián un deseo de ser libre, para escribir, admirable. Creo que una ciudad que acepta la aparición de una obra como *El Criticón*, se encuentra al nivel del barroco universal de la época, en la que no podían faltar ingenios cultos y exquisitos al modo de la corte de Madrid, no muy amigos de Gracián ni de Uztarroz, refugiados en la Academia augústea de los Anhelantes, que se cobijaba bajo la sombra del conde de Aranda en su palacio

zaragozano. Contrafigura que ofrecía la cultura zaragozana de la época, oponiendo el movimiento manierista aristocrático barroquizante frente al movimiento barroco universal.

Creo que esta vena de cultura barroca concluirá con facetas racionalistas al correr el siglo XVIII, en el que el sentimiento aragonés continúa muy vivo, y creemos que bastante extendido, traspasando los círculos intelectuales. Jordán de Asso, otro innovador; Pignatelli, con la Real Sociedad Económica; el malogrado historiador Fermín de Lezaún, quemado en el incendio del Teatro de la Ciudad en 1778, y la gracia narrativa de Mor de Fuentes mantienen con otros la aptitud intelectual de Zaragoza, donde la Real Sociedad crecerá rápidamente intentando crear una nueva sociedad burguesa, ilustrada burguesía, tecnificándola, mientras la mano de Goya, nieto de un notario zaragozano y creo que educado en los Escolapios, rompe moldes estéticos y es contratado para pintar las bóvedas del Pilar, es decir, donde encuentra su peculiar neoclásica pintura, que no sólo porta el talante del genio sino que expresa los niveles artísticos más agudos y avanzados de su época.

En el siglo XVIII el colegio de los Escolapios tiene en gran medida parte en la presencia ilustrada de esa nobleza - burguesía, con una enseñanza humanística neoclásica y en el nivel de su tiempo. En la Universidad los estudiantes se inquietan quizá por una enseñanza demasiado anémica. Y en Zaragoza van formándose dos grandes bibliotecas, la de Roda y la del convento de San Ildefonso. Esta biblioteca pública, hecho extraño en la Europa de la época, abierta de nueve a doce y de dos a cuatro, con su correspondiente salón de lectura. Y además la Ciudad tiene un teatro abierto diariamente o casi diariamente, por donde desfila lo bueno y lo malo de la época, algunas veces con escándalo de la Iglesia, o mejor, de algunos predicadores. Y también, un Jardín Botánico, tan difícil de mantener a causa de nuestro viento, poco apto para

conservar especies raras o exóticas, y en el que se efectúan experiencias de nuevos y mejores cultivos de productos agrícolas de necesario consumo.

Después de los Sitios la vida cultural de Zaragoza se relantiza y cae en la misma atonía de la nacional, pero será liberal y evolucionará, ya avanzado el siglo, destacando los gabinetes de lectura y las sociedades culturales que cultivan especialmente el teatro lírico, completando la vida teatral, que se continúa a través de su Teatro Principal.

A partir de 1854, cuando Zaragoza se capitaliza, vuelve a ser caja de resonancia de fenómenos culturales, ideológicos y técnicos. La exposición de 1875 creo que concreta las aspiraciones de un renacimiento no sólo zaragozano sino aragonés. Con una postura novísima la exposición clamará por una creatividad artística contraria a las zafias formas del utillaje industrial: a través de la promoción de las *artes liberales*. Ricardo Magdalena —el Matadero municipal y la Facultad de Medicina— y Félix Navarro —el Mercado— introducían el moderno *style* en arquitectura con los adornos forjados de Dionisio Lasuén; modernismo que pasará a las vías públicas —calle de Sagasta— y a la pintura por medio de la grandeza lírica de Marín Bagüés. Serán los tiempos de la revista *Aragón*, y las grandes sombras de Paraíso, incomprendido, y de Joaquín Costa, odiado y admirado, se proyectarán sobre la vida cultural y social de la Ciudad, donde anidará un sentimiento intelectual autóctono y aragonés: Ibarra, Giménez Soler, Miral.

Un buen domingo nacerá el cine español en la puerta del Pilar, después de misa de doce. Se rodará el primer filme español. Es significativo. También, dando un salto en el tiempo, llegará el arte abstracto a España de manos de Santiago Lagunas, sin olvidar la exposición Zaragoza-París de 1919, con Picasso en ella y las experiencias anteriores surrealistas de los Buñuel, González Bernal y Federico Comps; la archi-

tectura de Borobio y García Mercadal, y la escultura de García Condoy. También sin olvidar que Zaragoza tuvo, creo, el primer local cinematográfico totalmente abstracto en su decoración, probablemente del mundo; decoración lamentablemente desaparecida.

Por la sala de exposiciones de la Diputación, a lo largo de tantos años, hemos visto pasar con respeto, silencio y sin asombro a centenares de zaragozanos de toda clase, edad y condición, ante las más innovadoras presencias del arte actual.

Por supuesto que ha existido, existe y existirá la incomprensión cultural de toda índole —el sectarismo cultural crece hasta en el desierto—, pero lo evidente es que Zaragoza mantiene una capacidad abierta hacia la cultura.

Zaragoza, a lo largo del pretérito, ha estado batida por todos los vientos de la cultura. Zaragoza los entendió, prendiendo en sus gentes más o menos jugosamente. Nunca hubo rechazos rotundos, ni deseos de ignorar lo nuevo. Zaragoza fue y creo sigue siendo una ciudad abierta para los valores del espíritu, vengan de donde vengan, incluso para los contravalores y la contracultura.

HASTÍO DEL PASADO

El pasado no pesa y pesa a los zaragozanos. El pasado al que no se rechaza, pero fatiga su presencia, su testimonio implacable, presente sobre todo en las calles de la Ciudad. Pesa porque fatiga, no pesa porque no responsabiliza.

No siente la necesidad de recuperarlo, de conservarlo, prefiere dejarlo agonizar, sin ira para su pre-



sencia física, monumental y aun histórica, en el lento devenir de los lustros o de los siglos. De repente, en cualquier momento, puede recobrar la memoria de que existen en su alrededor ciudadano testimonios admirables y lanza ayes de queja ante el estado de su conservación. La queja puede ser incluso de multitud, pero después seguramente ahito el zaragozano va enmudeciendo hasta llegar de nuevo al silencio y al hastío.

En otras ocasiones, ese pasado lo considera mohoso y no merecedor de ser conservado, por inservible y anacrónico. Y se lanza como un cohete hacia su destrucción, para derribarlo y construir sobre sus ruinas otros edificios, o mezclarlo con aportaciones nuevas, que suelen ser tan horrendas como una herejía. Las murallas romanas debieron de ser cantera de piedra para los palacios y casas nobiliarias de la ciudad en el Renacimiento. En la Aljafería se mezclaron los estilos y usos y niveles históricos: durante el reinado de Fernando el Católico se construyó la hermosura del Salón del Trono, pero a costa de decapitar otra maravilla: el palacio musulmán. Menos mal, por la maravilla del Salón del Trono.

Los pelucones y refinados zaragozanos del siglo XVIII remozaron la fachada de la catedral de la Seo para ocultar lo que no era del gusto de la época: la bellísima portada gótico-mudéjar que hoy sería una rara avis del arte aragonés de la baja Edad Media.

Pasando a nuestro tiempo, de los muñones de los Sitios, testimonios históricos de primer rango, apenas nos queda la puerta del Carmen, y cualquier día la veremos replantada en el Parque. La Torre Nueva, tan entrañada a la vida cotidiana de Zaragoza, fue derribada, en esta ocasión con protestas, como han ido cayendo y pereciendo piezas monumentales de la vieja Zaragoza, sin ningún respeto al pasado, aunque sin odio, pero con indiferencia a lo que fue; en un olvido cósmico, y no sólo a causa de la especulación del suelo, aunque ésta con su avaricia contribuyó a ello.

Lo que podríamos llamar el hastío del pasado es una actitud colectiva, un sentimiento común con múltiples ejemplos últimos: la ruina de la capilla de Cerbuna; la pérdida de las bibliotecas de la Seo y antigua universitaria; la iglesia de San Pedro, volatizada mágicamente veranos atrás, y tantas y tantas huellas monumentales e históricas que desaparecieron sin el menor eco en nosotros, sin conocer siquiera su desaparición.

El 31 de mayo de 1949 presentábamos una moción al Ayuntamiento de la Ciudad. En ella, con cierta ingenuidad juvenil, escribíamos a modo de justificación lo siguiente:

“Es un hecho casi incontrovertible que nuestra ciudad se encuentra, en relación con su inmediato pasado, en uno de los momentos finales de un corto periodo de extraordinario auge urbanístico. De unos años para acá han ido cristalizando urbanizaciones en una Zaragoza que, con el tiempo, tendrá su definitiva maduración de gran urbe. Reflejo de su pujanza económica, industrial y agrícola.

Ritmo de ensanche urbano, con apertura de nuevas vías y creación de nuevos barrios, tal vez algo apresurados, y no con arreglo a una lógica urbanística como hubiera sido de desear. Pero el caso es que nuestra ciudad se ve ampliada por sus cuatro antiguos costados, y en el mismo centro de ella aparecen modernas calles sobre las ruinas de edificios solariegos.

Quizá, cegados por la poesía matemática del hierro y del hormigón armado, hayamos echado en olvido una importante razón: que nuestra ciudad está cargada de historia, y no puede ser nunca una población meteca nacida por generación espontánea. Historia que los que vivimos en ella tenemos el deber de conservar y transmitir.

Por esto, quien suscribe, creyendo que han desaparecido muchos de sus monumentos artísticos y rincones típicamente zaragozanos, piensa que es hora de

salvar los restos de ese pasado. Y no con un criterio nostálgico y sentimental, sino con cierto carácter rígido y práctico que permita el salvaguardar solamente lo necesario y meritorio, enmarcándolo dentro del buen gusto y de lo ornamental.

Varias ciudades españolas, de todos conocidas, han sabido realzar su pasado urbano cuidándolo con sumo esmero y haciendo de él una fuente de riqueza turística. Recientemente, el Ayuntamiento de Granada ha merecido galardones del Ministerio de Educación Nacional y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por su magnífica labor en pro de la gracia y estilo de la vieja Granada. Zaragoza no debe ser menos. Se impone romper con esa especie de desdén que existe entre nosotros por todo lo aragonés, creyendo que es pobre y pequeño. Cuando tiene una sobriedad tan cargada de contenido estético como cualquier otra región, porque precisamente su belleza estriba en la clave de su naturalidad y sencillez: cuando todo el mundo se apresura a decir que tiene los padres conocidos de una tradición y de un abolengo histórico, no vamos a dejar nosotros oscurecer el de Zaragoza por abandono."

Como medidas ejecutivas se solicitaba el estudio detenido de las zonas de la Zaragoza antigua que debían conservarse parcial o totalmente, y a su vista proponer su saneamiento y restauración. La redacción de un inventario de monumentos, palacios, casas, patios, rincones, aleros, etc., que podían ser declarados de interés municipal, integrándolos en una guía histórico-artística. La modificación de las ordenanzas de cara a una mayor protección de la Zaragoza antigua. Designación de una comisión especial y mixta *ad hoc* para obtener una información más amplia sobre la materia.

La moción cayó en la mayor soledad y oscuridad. Parecía que la había propuesto un marciano y no un terrícola y, por supuesto, vecino de la ciudad. Antonio Beltrán la publicó años después en un trabajo suyo,

modélico al caso, titulado "La ciudad antigua en la ciudad moderna". Federico Torralba hizo el inventario de monumentos por indicación de la Institución "Fernando el Católico" y publicándolo en el Boletín Municipal. Eso fue todo. Recuerdo el asombro de mis compañeros de Corporación ante tan extraña y rara moción, y eran cada uno de ellos magníficos zaragozanos, que rindieron grandes servicios a la Ciudad. Faltaba esa precisa y preciosa sensibilidad para escuchar los gritos de socorro de una Zaragoza antigua que iba a morir. Hoy lo recuerdo con tristeza y soledad.

Porque también he pecado en esa soledad al no escucharlos. Todos no hemos oído el lamento de la Zaragoza vieja cuando precisamente por una gran paradoja del devenir del tiempo, el pasado monumental histórico zaragozano se niega rotundamente a desaparecer. Igual que si tuviera conciencia de mantener su destino, pese a la piqueta, asomando su cabeza malévola, alguna que otra vez, cuando menos se piensa. Cuando menos lo creemos, se yergue un muñón, un testigo, un resto del pasado monumental, y nos increpa acusándonos de ingratitud: el Teatro romano.

El pasado de Zaragoza no desea languidecer ni perecer en el olvido o por la destrucción de la piqueta; no se resigna: ahí están los antiguos baños árabes, y están los negros muros de ladrillo de la calle de Asalto que sufrieron en su carne de barro el impacto de la metralla y de la sangre de los voluntarios aragoneses, especialmente los de Huesca, en aquel gélido invierno de 1809, cuando el segundo sitio. Tapiales ya canijos al borde de la asfixia por la presión de las nuevas edificaciones. No tardarán en desaparecer.

El pasado de Zaragoza no quiere morir, pese al hastío que produce su presencia entre nosotros.

El zaragozano mira y vive el tiempo en presente, el presente de su ciudad, olvidando que el futuro llega. Si acaso cree en un futuro individual, de cada uno, pero no en el colectivo. En todo caso, para ahorrarse el futuro de males ahorra en el presente. Es un mediano ahorrador de dinero sin prisas, buscando una mínima y decorosa seguridad ante lo que venga, pero no con ansia y ambición. Esto ocurre también en sus instituciones, que sólo ven el cercano futuro, no el de largo horizonte. Sí lo vieron los hombres de 1908, cuando el Centenario de los Sitios, que produjo la ruptura de la huerta de Santa Engracia, que alargó la expansión de la ciudad hacia Torrero completando el intento hecho un siglo antes, durante la ocupación de la Ciudad por los franceses, al abrir el paseo que se llamaría el Salón de Santa Engracia y después paseo de la Independencia, nuevo eje de la Ciudad, como antes lo fuera la calle Mayor.

El ensueño del futuro, el perforar en el pretérito, no es una cualidad muy zaragozana, salvo excepciones. La tuvo Pignatelli con el Canal Imperial, que haría crecer y germinar una nueva huerta junto al Huerva y abriría un camino de comunicación con Navarra. La tuvo Basilio Paraíso, que imaginó una gran Zaragoza industrial y comercial. La tuvo Escoriaza.

El ensueño del futuro no lo tuvieron quienes pensaron en el estadio de la Romareda, el centro de la Seguridad Social y la Feria de Muestras; las dos últimas, empresas nobilísimas pero que taponaron la prolongación de la Gran Vía y su expansión hacia la carretera de Valencia, aunque dieron vida modélica a esa zona, que es el polígono de la Romareda, pero que hará que la ciudad se ensanche lateral y paralelamente al enlace de carreteras, destruyendo una hermosa zona natural verde. Zaragoza se quedó sin su gran calle.

Los zaragozanos se quedan inermes, titubeantes y ciegos ante el futuro. El zaragozano vive en el presente, agarrado a él, domándolo, lidiando para mañana. Pero sin alcanzar la visión del pasado mañana.

Su proyección sobre la ciudad es inmediata, como si sintiera desconfianza de nunca llegar a un gran futuro. Ese empecinamiento de querer hacer sobreponer nuevamente el corazón joven al corazón viejo de la ciudad, cosa que está ocurriendo en nuestros días, aunque viene de atrás, cuando, desgraciadamente, ya ese corazón viejo no es nada más que un testimonio de un pasado que debía haber sido conservado y mejorado, pero sin su talante urbanístico ancestral.

Es un empecinamiento que va contra el futuro. Ya no es, ahora, el centro de la ciudad, sólo es una sombra comercial corroída por la caries de solares vacíos y casas apuntaladas que soportan su propia ruina sin ser curadas a tiempo. Es un contraste brutal que, por un lado, la Zaragoza vieja se hunda y, por otro, sobre sus escombros se quiera construir una nueva Zaragoza que también es vieja antes de nacer. Fijar, de nuevo, el centro de la ciudad donde ha estado siglos es negar la evidencia del futuro.

TIPOLOGÍA

Líderes, pocos. La ciudad no los admite. No los deja crecer o sólo hasta un cierto límite, menguadamente. Caro pagarán aquellos que se sienten y hacen de líderes. Ciudad acefálica, sin cabeza o con multitud de cabezas. Palafox, que fue un caso raro y extraño de aceptación popular, tuvo desde el primer momento discrepantes absolutos, como mosén Lacadena o Jordán

de Asso, entre otros. Palafox, aparentemente izado al pavés por los zaragozanos, en cuanto la guerra empieza a no ir bien, le crecerán a su alrededor discrepantes que le discuten sus decisiones y no respetan su carisma.

No creemos mucho en la prepotencia de la aristocracia y la nobleza en Zaragoza porque su poder económico, con algunas excepciones, tenía su apoyo fuera de la ciudad. La masa media ha sido el esqueleto social de la Ciudad, pero además en un amplio espectro con islotes aristocráticos. La alta nobleza fue decapitada políticamente con Lanuza o emigra al Madrid austriaco, después al borbónico. La nobleza media o los restos de la alta nobleza que viven en la ciudad, habitan junto a familias, a veces, de la más humilde condición económica. En el siglo XVIII, la nobleza zaragozana tiene sus pies puestos en la ciudad y en la Corte. Con los Sitios sufrirá un duro golpe en beneficio de la burguesía zaragozana, que se ennoblecerá con el poder económico que le dará la desamortización, y con su fidelidad a la corona isabelina.

La masa media zaragozana no admite la automitificación o la rápida mitificación, ni pienso ha admitido jamás el poder absoluto y decisorio de la aristocracia zaragozana. Y a los escasos mitos humanos que ha tolerado, uno de ellos el general Espartero, no les deja salir de las reglas del juego, y puede oscurecerlos al primer desengaño, despeñándolos en el olvido.

Los zaragozanos se distinguen por la sencillez, el cumplimiento, el contenimiento, cierta austeridad, poca frivolidad colectiva y un carácter abierto pero cerrado: abierto, porque acoge a todo el que llega, y cerrado porque parece que no lo hace. El zaragozano practica y requiere el buen trato. El mal trato no lo tolera: desea ser escuchado y atendido, y no es muy partidario de la falsa retórica social sin venir a qué venir.

Los zaragozanos presentan una amplia zona de tipos o arquetipos humanos que pueblan la Ciudad. Prototipos diferentes y dispares, propios del individualismo zaragozano, que se entresacan al escudriñar en la fauna

ciudadana, muestra humana, que se pueden resumir con la aplicación de la imagen tópica del baturro, aunque sea la de un baturro urbano.

El que más se le acerca es aquel que, presumiendo de franqueza, se franquea con ruidosas reacciones enmascarado en una explosiva simpatía, con mezcla de socarronería, aplicador en cada momento del modismo adecuado a la situación y con muy fácil palabra y anécdota, abierta y campechana, que nada compromete, y que hay que salvar porque necesita no quedarse solo. Estos baturros apócrifos lo son, más que por carácter, por miedo a la soledad social. Esto, cuando es listo, pues cuando es torpe puede llegar a bordear el límite del gamberro ciudadano y puede serlo pero sin crueldad. El gamberro urbano tiende a ser cruel; aquí, en Zaragoza, la crueldad urbana es rara. Puede parecerlo, en alguna ocasión. Pero no. Porque el zaragozano no siempre es magnánimo. Es de ancho corazón, donde no cabe la injusticia de la crueldad y la mezquindad del rencor, ni el rechazo social definitivo. Los zaragozanos no quieren parias a su alrededor. Podrán no tener mucha lástima de quien se la merece, pero tampoco rencor colectivo del que se lo merece. Es una ciudad limpia de rencor y sin memoria para los pecados de sus conciudadanos. El zaragozano comprende el comportamiento ajeno, lo puede combatir, lo llega a justificar, pero nunca guardará para siempre el rencor y el odio. Durante la ocupación francesa se dieron muchos casos de colaboración en gentes que habían combatido a los franceses hasta los últimos límites del heroísmo y de la saña humana. Algunos colaboraron después con los franceses, los admitieron en su vida diaria, posiblemente en algún caso por interés o quizá ambición. Años más tarde, los franceses entraron en la ciudad durante el trienio constitucional como amigos. Todo estaba olvidado. No había rencor. No hay rencor colectivo.

Conocí a don Juan Moneva en un seminario que sobre literatura aragonesa impartía a un reducido grupo

de alumnos de la Facultad de Letras, en un desván de la vieja Universidad, y supe de su agudo talento, y a través de él forjé un cierto tipo de zaragozanos, quizá de aragoneses, que don Juan tipificaba a la perfección, en especie pura, y por ende, extremada.

También existe el zaragozano agudo, listísimo y ecuaníme, apasionado y —si esto es posible— apasionado de su propia ecuanimidad, de limpia y rápida respuesta mental, cuya independencia y autarquía son mayores de lo común. Muy cultos, críticos y autocríticos implacables, analíticos sin fin y muy universales por sus conocimientos, pero también muy locales, de lo que podemos llamar de universal localismo, es decir, atento a las vivencias culturales, a las matrices culturales que forjaron el pasado y están integrando el presente de la Ciudad.

Ya lo hemos dicho. Muy agudos, como el filo de una navaja, que saben ver la trama del aire, propicios a las contradicciones y a los contrastes, objetivos y libres en sus obras y en sus pensamientos, y de una gran pureza intelectual, y que buscan la claridad y la verdad denodadamente.

Al extremo de esta clase de zaragozanos se encuentra otra, que va desapareciendo. No recuerdo su nombre. Era un viejo carpintero, vecino de San Pablo, pequeño y consumido, siempre alegre, con chispas en los ojos. Fue en el velatorio de un pariente suyo. Su enorme alegría de vivir pudo más que la tristeza de la muerte. Nos hizo despedir a su pariente en una lenta noche, con el relato de numerosos sucesos personales y familiares que se sucedieron con limpieza singular. Jamás conocí a nadie tan bueno y agudo narrador, con gracia tan aguda e ingeniosa como simple. Creo que con una sal netamente aragonesa posiblemente perdida ya. De finísimo ingenio popular, sin palabras gordas ni duras, oyendo giros anticuados o raciales desmitificados, de los que la risa brota a raudales con una pizca de malicia y algo de crítica social.

LA FRIALDAD

Siempre se dice: Zaragoza es fría, y algún pedante añade: gélida. Y es cierto. Zaragoza no es proclive al entusiasmo, a enfervorizarse, ni tampoco se caldea rápidamente. Necesita un tiempo de precalentamiento, y cuando logra el entusiasmo, entonces casi se pasa.

El ejemplo lo teníamos en don Juan, un zaragozano honorario de muchos años, impecable en el vestir, en el hablar y en el ademán; cordial en la sonrisa, atarácico ante el mal humor, difícil de descomponerse o alterarse. Un gran señor. Un gran amigo. Precisamente por su cortesía y su regularidad de carácter, menos en un lugar: en el Campo de la Romareda.

Ante el Zaragoza, en el estadio y sólo en él, don Juan perdía la sonrisa y la compostura. Era otro. Muy distinto. Había traspasado la tan cacareada frialdad zaragozana para instalarse en el límite del fervor de la mayoría enajenada por el entusiasmo.

Del frío al hervor colectivo. Es Zaragoza.

Zaragoza es fría, no sólo por el Moncayo, que la hace serlo hasta los tuétanos en ciertas épocas del año. Es fría porque Zaragoza no se sorprende ante nada ni nadie, ni admite un motivo suficiente, de primeras, al iniciar contacto con alguien o con algo que precedido de fama, prestigio y poder parece obligarle a la maravilla, por el sólo derecho de serlo, para sacarlo de su frialdad expectativa. En la Plaza de Toros hemos observado en varias ocasiones a diestros de fama congelados ante la frialdad de los tendidos, congelados a su vez ante la expectación y espera de la confirmación de su fama.

El zaragozano gusta de la calle, eso es sabido, pero no gesticulando en ella o influido multitudinariamente. Romper el cerco de frialdad de los zaragozanos es difícil —Palafox y el general Espartero lo consiguieron—.

Pasar el límite del acaloramiento no es cosa hacedera, rápidamente pasable. Tiene que existir para que hierva en fervor alguna causa o motivación que hiera hondamente la conciencia colectiva, un excepcional estímulo que alcance la entraña sentimental común de los zaragozanos.

Por otra parte, es una frialdad cortés, natural y no despectiva, como cuando algo no va con la ciudad y por lo tanto es considerado cosa de otros, aparte. A veces, una leve sonrisa de leve comprensión. Pero es una frialdad mesurada, incluso amable. Pero como si la persona, el hecho o el objeto fueran de otro mundo, algo aparte que se respeta, incluso que se comparte pero que resulta lejano, muy lejano o imposible.

En el fondo todo proviene de lo difícil que resulta a veces al zaragozano expresar sus sentimientos colectivamente, poseído de una considerable timidez colectiva de no pasarse, de no irse de madre, de no exagerar por quizá considerar que existen muy pocas cosas en este mundo que puedan transformar esa su calma en clamor. Aunque esto no excluye que de pronto puedan sentirse los zaragozanos galvanizados cuando un acontecimiento solicita el entusiasmo general, pero entonces será por una precisa motivación, muy importante para lo que pudiéramos llamar el honor de la Ciudad.

Actitud de espera, de ver cómo se inician las cosas, para entrar después dentro de la cuestión. Se da en Zaragoza una cierta cautela hacia lo nuevo, la nueva persona, la nueva gente, que se conoce ahora, siempre con cortesía pero con un pequeño matiz de frialdad. Un matiz de pensar que uno ya está aquí y el otro tiene que estar. La frontera imprecisa que a veces hace que el zaragozano resulte frío y en alguna ocasión apático.

El zaragozano tiende a estar en segunda fila, un poco atrás, donde se halla más cómodo, mejor instalado. Posición ésta que al ser colectivo zaragozano le ha restado capacidad de iniciativa, operatividad para

encaminarse hacia el futuro, ante el que muchas veces se encuentra cegado: la "Renault", la "Ford", y la "Seat" no llegaron a Zaragoza...

Lo que parecía imposible a los zaragozanos. Algo así como una quimera incómoda; situación increíblemente fría y neutral, repeliendo la visión de un futuro industrial por lo que podría venir de invasiones de nuevas gentes, intereses e inéditas preocupaciones, más problemas urbanos, panorama que no se sabría cómo dominar o digerir. Complicaciones que colectivamente harían desconfiar de su realidad, de no demasiado claro por lo bien compuesto y presentado. Muy difícil para que fuese fácil y posible. Desconfianza.

LA DIVERSIÓN

Las formas colectivas de ocio manifiestan también el semblante, el ser de una comunidad y su estilo de vida.

Los zaragozanos gustan divertirse en cierta soledad, en cierta intimidad, no muy ruidosamente, por grupos cortos no ciertamente mayoritarios. Juan Bautista del Mazo visiona Zaragoza espléndidamente en su perfil urbano del otro lado del río, desde más allá de la Ciudad, pero con zaragozanos en grupos, paseando, conversando; unos hacia allá, otros hacia acá, sosegadamente. Zaragoza entra poco en las fiestas colectivas, en los festejos multitudinarios. Del Mazo podía haber pintado a Zaragoza recibiendo a Felipe IV y a su querido hijo el príncipe Baltasar Carlos, que enfermaría y moriría en nuestra ciudad, dejando su corazón en la Seo, como prenda *post mortem* de amor por la Ciudad. Pero el yerno de Velázquez la deja descrita

para la eternidad junto al río, entre rebrillos de luces áureas, con ciudadanos que pasean amablemente junto a las aguas del padre Ebro.

Es muy difícil que los zaragozanos entren en la multitud. Pueden estar juntos en gran número sólo cuando ocurre "el arrebató", cuando pierden su autonomía de contención, entonces, o sacudidos por un misterioso fervor se alinean apasionadamente junto a los demás, junto a los otros, que son ellos mismos. Pero esto tiene que ocurrir a causa de estímulos muy concretos, muy directos y muy profundos, y en escasas ocasiones.

Circunstancialmente en el ocio se multitudinizan los zaragozanos por contadísimos motivos: deportivos o artísticos, como fue ante Fleta o algún torero circunstancial, y puede ser que por un suceso insólito de la Ciudad, y nunca como protagonistas. Pero siempre, aun en estos casos, en los que el subconsciente colectivo abre las espitas de lo espontáneo, participan envueltos en un agudo sentido crítico, sintiendo que lo que se percibe o participa no es perfecto ni totalmente bueno, y con cierto temor o desconfianza hacia lo que se encuentran presenciando o contemplando en multitud esté tarado y no sea auténtico, con miedo al gato por liebre, y de devotos pueden convertirse rápidamente en detractores de sus ídolos multitudinarios, a los que se les exige la perfección.

Los zaragozanos son implacables con sus mitos populares, quizá porque no acaban de creer en ellos del todo. El "Zaragoza" irá ganando la Liga, pero una mala tarde hace despotricar a sus seguidores como si por arte de magia hubiera descendido de repente a tercera división. Y todos los elogios y esperanzas se convierten en denuestos y malhumor.

Cualquier ente deportivo o de otra índole debe tener cuidado con los zaragozanos, pues muy pronto puede ser calificado de pies de barro. A los pequeños y provisionales ídolos del ocio el zaragozano los suele ver

siempre con defectos y no encumbrados por méritos propios sino por obra de la buena suerte y del azar. Hay excepciones: los obstinados que no faltan y se quedan solos, aislados, defendiendo hasta el final a los vencidos. Después de haber sido ellos, con su desconfianza y escasa fe, en ocasiones los causantes de su ocaso o derrota.

A los zaragozanos les complace divertirse en familia o con amigos escogidos, a veces al azar, las menos, o por años largos de convivencia, casi siempre ante una buena mesa de viandas, sin complicaciones culinarias, y generalmente regada con buen vino tinto de la tierra. Entonces la voz se levanta y las discusiones son múltiples, apasionadas, aunque sin alcanzar el límite de lo irritante; y si llegan los incordios —siempre hay incordiantes que en momentos de relajamiento muestran asomos de mala baba—, el perdón llega rápido. La mesa y el vino unen a los zaragozanos, no los rompe, los agrupa y amiga. Los zaragozanos saben pasar mesuradamente el tiempo. Una destemplada disputa puede poner en peligro la zona de la corrección, pero se perdona y reanuda la convivencia en el olvido del tiempo, sin estrépito, en una cierta soledad, y sin nostalgia ni melancolía.

Nunca los zaragozanos en el pasado han vibrado en un ocio de multitudes. Sólo se han congregado en multitud junto al Pilar, en las fiestas de la Virgen, que daban lugar a una cierta participación colectiva pero reglada, encauzada por los gremios. También la fiesta de los toros ha mantenido una continuidad colectiva durante siglos. Igualmente, los fuegos artificiales que se quemaban en las orillas del río eran presenciados multitudinariamente, así como fiestas populares magníficas y entrañables que arrumbó la guerra de la Independencia: escenas gremiales, dances, la boda aldeana y la mojiganga, y también los gigantes y cabezudos, que han persistido con la jota por encima de los Sitios. Festejos populares que tenían un cierto acento crítico y social, y alguno de ellos tan original como la moji-

ganga, que salía a medianoche y que era como una extraña presencia de la muerte y de la mala fortuna, como una expiación de culpas colectivas, fantasmal y lúgubre, pero al mismo tiempo risueña y divertida. De la mojiganga tengo un pequeño trabajo hecho que se publicará en algún momento. Era una manifestación social de extraña contextura que merece comentario aparte.

Por este comportamiento tradicional de los zaragozanos, las fiestas colectivas de nuestra ciudad han sido individualistas, de espectadores más que de actores. Pensar que Zaragoza pueda tener unas fallas de Valencia, una feria de Sevilla o unos Sanfermines, es quimérico. Los zaragozanos se niegan a ser actores de su propia fiesta, de su propia diversión, como no sea entre amigos o viendo a los demás.

LA AMISTAD

El zaragozano es persona de muchos conocidos y pocos amigos. Todo el mundo se saluda en la calle aunque a causa de una cierta timidez colectiva el zaragozano a veces eluda el saludo y se haga el distraído. Pero esto quiere decir poco y nadie lo toma en cuenta como materia de honor herido porque todo el mundo lo practica; eludir el saludo, incluso entre amigos y parientes: es el límite de la frialdad zaragozana.

Que no excluye la práctica de la verdadera amistad y hospitalidad. Zaragoza tiene sus puertas abiertas para quien viene a vivir acá. Es una cualidad formidable, de alto valor humano, que indica los eminentes grados de universalidad, madurez urbana que los zaragozanos han alcanzado. Un sentimiento generoso al que

es indiferente el lugar de origen de los forasteros. A nadie se le piden patentes de procedencia, y quizá su propio dinamismo demográfico hace que el hecho de venir a radicarse en Zaragoza sea algo tan natural como la propia vida.

Zaragoza es una ciudad de brazos abiertos para la amistad. A nadie rechaza y a todos admite, y después, incluso los recuerda cuando se marchan de la ciudad, siempre que cumplan o hayan cumplido las impalpables reglas de juego de la convivencia zaragozana.

La amistad en Zaragoza tiene un verdadero ejercicio; un ejercicio que obliga a poco y que respeta la autonomía personal. Es una amistad generalmente entre pocos, con un tono amable y ciudadano, de buenas formas y de comprensión y de perdón cuando éstas se rompen. Perdón mutuo dado sin pedirlo ni decirlo. Buen uso el de la amistad en los zaragozanos; una amistad tan honda como comedia y libre.

LA DEVOCIÓN

El notario y arquero Cock, en 1585, con hipérbole de viajero asombrado, ante la devoción e historia del culto a la Virgen del Pilar, lo define como “cuna de la religión cristiana en la Península”. Es posible que el culto mantenido a la Virgen tome más auge en el siglo XVI, —durante un momento de ese siglo Zaragoza será cabeza de la cristiandad con la presencia de Adriano VI—. También con motivo de la hiperconventualización de la Contrarreforma, que llenó a Zaragoza de una vida cenobial monumental situada en su mayor parte al otro lado del Coso y junto a las orillas del Huerva. Este clima de fervorización religiosa favo-

reció indudablemente el culto a la Virgen, oscureciendo el tradicionalmente mantenido a las Santas Masas, y se extendió por Aragón, donde en muchas iglesias aparecerán numerosas capillas dedicadas a la Virgen o imágenes suyas, que van en aumento constantemente. Son tiempos propicios a explicar lo inexplicable a través del milagro. El del Cojo de Calanda, en este caso, nos muestra la fuerza y el arraigo de la penetración del culto a la Virgen del Pilar en tierras aragonesas.

Con la mayor objetividad puede precisarse que la Virgen del Pilar y Zaragoza son indisolubles a lo largo de la Historia, asociación capaz de penetrar y horadar en el tiempo ciertamente civilizado del reino árabe zaragozano, y también las corrientes espiritualistas y mariológicas posmedievales y barrocas asociándose de forma permanente e insoslayable. Culto que creció poderosamente en el siglo XVIII, pese a la expansión de otras devociones castellanas muy propias de esta época. Culto que se desbordó ya antes de los Sitios cuando la concesión del rezo a la Virgen en 1807.

En algunos casos es motor y estímulo de acción histórica de los zaragozanos, como en el de los Sitios, donde las banderas de guerra ante las que se jura resistir al francés llevan su efigie, y cuyo templo es amparo de moribundos, mujeres y niños. El mero hecho de que Zaragoza tenga dos catedrales ya supone la fuerza del culto a la Virgen, capaz de mover a Roma con Santiago para que pudieran ser realidad.

No se puede minimizar la veneración de la Virgen del Pilar en nuestra Ciudad, ni menos desconocerla, ya que no sólo es una mera estructura religiosa destacada, sino también una seria estructura histórica que perfila el espíritu de la ciudad, sin cuya comprensión no se puede explicar el pasado zaragozano.

Será lo único permanente, indiscutido y muy respetado por todos los zaragozanos. No es un tópico ni un hábito religioso, ni siquiera sentimental. Es una

forma espiritual colectiva que alcanzó cima dolorosa durante los Sitios.

Sin exagerado beaterío se encuentra sólidamente unido su culto al devenir histórico de la Ciudad, produciendo un peculiar comportamiento religioso, que por un lado es fuerza importante de sucesos históricos, que podrían ser de otra manera de no existir aquél.

El fervor por la Virgen del Pilar, por otra parte, regula o significa la manera que el zaragozano tiene de sentirse religioso, como corresponde a una larga tradición cristiana enraizada junto al Ebro con Zaragoza, cuando no existen grandes milagros por medio ni gigantescas expresiones de masas ante el hecho religioso. La Virgen está alineada en la conciencia colectiva zaragozana y es factor de conducta histórica que hay que tomar en cuenta muy seriamente.

Es una devoción silenciosa, de oración apagada e íntima. La visita cotidiana a la Virgen posee una larguísima tradición en nuestra ciudad.

También es una devoción que apenas se pregona ni se refiere. Se siente y está muy viva en la vida de la ciudad, como una sombra de protección invisible pero real.

EL CIELO

Cada ciudad tiene su paisaje celeste como parte de su fisonomía total. Cuando vamos a Madrid y tenemos un tiempo vacío, es inevitable un paseo por la vieja villa que termina en la plaza de la Armería del Palacio Real, asomados al Campo del Moro para contemplar el cielo velazqueño de Madrid; antes clarísimo

con sus grises, azules y blancos, y hoy manchado por la neblina de la polución.

Hagamos recuento de paisajes celestes insólitos: desde el tejadillo del Monasterio de la Rábida, unos atardeceres amarillentos, áureos, extendidos hacia el mar, hacia el Atlántico. En la finca de Juan Ramón Jiménez, donde está enterrado *Platero*, transpiraba el rojizo cielo entre las ramas de los altos pinos; desde los jardines del Pincio hemos visto las cúpulas romanas envueltas en una calina gris pálida que las hacía volar; sentados en las gradas de la estatua de San Marcos, junto al gran Canal de Venecia, frente a la Salute, veíamos perderse el cielo en verdísimas estrias rosadas.

El panorama celeste de Zaragoza es sorprendente por su belleza. En una tarde de verano u otoño desde el puente de Piedra, río arriba, el cielo adquiere una solemnidad barroca: rojos profundos como ascuas rugientes que van tornándose sombríos conforme el día perece. Es el cielo de Zaragoza desconocido para los zaragozanos, tiene expresión propia y hermosura infinita.

ZARAGOZA, VERSUS ARAGON

El zaragozano suele ser persona no muy optimista de lo suyo. No ve sus cosas de color rosa, pero sí de gris a veces muy brillante, otras opaco. Contempla lo que le rodea, los problemas de la ciudad en que habita, con un poco de suave crítica, adoptando una actitud desapasionada, fría, contemplativa, y hasta olvidándose de los problemas.

Todo lo nuestro es bueno, pero..., y tras el *pero* van todas las quejas que se quieran. Y esta actitud exagera su habitual objetividad y frialdad, a veces ofreciendo en cosas que le son muy propias una posición neutral que desespera al observador.

El zaragozano no es un aficionado de su ciudad, no tiene admiración por ella, y es difícil hacerle decir palabras en elogio de Zaragoza. Tiene poca fe en ella, de que lo hace bien y cumple su papel en la Historia con dignidad y en ocasiones con grandeza. El zaragozano padece el mal existencialista, de sentirse *echado* en Zaragoza, en la que tiene que morir.

Esta poca fe se encuentra teñida de la timidez de aparecer como apasionado por su ciudad, como enamorado de ella.

En nuestros años de estudiante tuvimos compañeros que parecían morir si no iban a Pamplona o Tara-

zona. Era entrañable y constante el sentimiento de faltarnos el aire de su ciudad de origen, cúmulos de belleza y bondad de vida.

Sin embargo, medularmente, el zaragozano vibra por Aragón; es un sentimiento muy hondo, visceral, que le hace sentirse orgulloso de su patria regional. En nuestro trato con intelectuales aragoneses, objetivos y distantes por profesión; ante hechos elementales, siempre hemos visto asomar en sus pupilas una gran emoción interior ante una jota aragonesa bien cantada, o ante el análisis de un hecho o suceso aragonés.

Lo que ocurre es que el zaragozano, que es sentimentalmente un excelente aragonés, después se olvida de Aragón cuando es necesario efectuar una inversión que potencie su riqueza.

La macrocefalia rápida que Zaragoza ha desarrollado y su veloz progreso de estos últimos años han hecho nacer un cierto antizaragozanismo enfrentando a Zaragoza con Aragón, como si ambas realidades no fueran un mismo e impartible tronco.

Creemos que el crecimiento de Zaragoza no ha sido forzado ni elegido por los zaragozanos, más bien retardado, incluso desentendiéndose de las grandes ocasiones que han podido iniciar una industria gigante, o tampoco invirtiendo sus ahorros en la expansión industrial de la Ciudad, o no haciendo campañas jermiáticas para conseguir de los poderes públicos protección industrial o infraestructuras preindustriales, e incluso la concesión del polo de desarrollo fue acogida en la ciudad con frialdad y no muy aprovechado, al fin, por ella.

Zaragoza ha sido un soporte esencial de Aragón en la Historia. Es difícil distinguir ambas realidades. Zaragoza ha sido y es la plataforma de suministro y distribución del consumo y de la producción aragonesa. Lazos entrañables de toda índole la han vinculado con Huesca y Teruel, con una ayuda permanente

a Zaragoza de ambas capitales hermanas. Durante los Sitios de Zaragoza, las ayudas oscense y turolense adquirieron proporciones excepcionales de fraternidad aragonesa: aquella patética marcha de la gente oscense de toda condición, armada de las más diversas y raras armas y utensilios parabólicos, que de modo alucinante intentó romper el cerco francés en el invierno helador de 1809. Este ejemplo podría multiplicarse.

Presentar a Zaragoza *versus* Aragón es una brillante teoría muy zaragozana, incluso de aparente neutralidad y frialdad ante los hechos, con una pizca de masoquismo desvalorizador y despreciativo hacia la conciencia aragonesa que se encuentra injertada en la vida colectiva zaragozana.

No existe antinomia Zaragoza-Aragón, no tiene por qué haberla. Son una misma cosa y se complementan certeramente. Una depende del otro, no pueden vivir extraños a ellos mismos. Más que nunca, más que jamás, Zaragoza necesita de Aragón, y Aragón de Zaragoza. Completar, encauzar y planear las relaciones entre el Antiguo Reino y su capital, es obra nuestra para conseguir un todo económico y social armónico, justo e indivisible. Divorciar Aragón de Zaragoza es un gran error, un pésimo espíritu y una suma equivocación. Naturalmente que debe haber una transferencia de rentas y servicios entre Zaragoza y Aragón; las hay y las habrá en cuanto la urbe necesite inexorablemente efectuar un trasvase de fuerzas y recursos, aun sin quererlo por propia necesidad física, sobre su derredor, y ese derredor es Aragón.

Somos los propios zaragozanos, con ese espíritu de autocastigo que nos caracteriza, los que decimos que Zaragoza descompensa a Aragón, cuando colectivamente hacemos poco por encontrar un justo equilibrio, y también hacemos menos a título individual por conocer y enriquecer Aragón, por potenciarlo realmente más allá de la circunstancial pirueta política.

Aquel Banco de Aragón que se fue y ya tantas cosas como se han sido sin voluntad de recuperación.

Creo que una fórmula simplista de conciencia podría ser Zaragoza por y para Aragón, cesando de lamentarnos de que somos medianos aragoneses —es propio de los zaragozanos quejarse de lo suyo, quizá porque lo ama demasiado—. Zaragoza por y para Aragón, debiera ser una posible divisa de entendimiento, una nueva fórmula de convivencia regional, dando el primer paso Zaragoza para llevarlo a la práctica, aunque ya se ha iniciado con un renovado sentimiento aragonés, que muy entrañablemente se observa avivándose en esta antiquísima ciudad, como dándole otro sentido de ser: Zaragoza por y para Aragón, pero en realidades y obras.

INDICE

	Pág.
PROLOGO	3
VOCACION DE CIUDAD	7
Los elementos: El río y el puente	9
La forma	13
Población mutante	15
Las rupturas	21
Policentrismo	26
Ciudad de resistencia: "Intus ego"	30
El arrebato con ira y sin rencor	34
MANERAS Y CUALIDADES	39
Ciudad alegre	39
Tolerancia	40
Zaragoza, comprensión cultural	41
Hastío del pasado	47
Ceguera del futuro	52
Tipología	53
La frialdad	57
La diversión	59
La amistad	62
La devoción	63
El cielo	65
ZARAGOZA VERSUS ARAGON	67

